

ISSN: EN TRÁMITE

grafógrafixs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



VOL. 5, NÚM. 1 • ENERO-MARZO 2023



Universidad Autónoma
del Estado de México



Consúltalo



ADMINISTRACIÓN
UNIVERSITARIA
2021 - 2025

Para consolidar
una cultura de convivencia
armónica, la UAEMéx
ha establecido un **Código de ética y conducta**
con los principales **valores y criterios**
que orientan el comportamiento de sus integrantes.

GRAFÓGRAFXS

TALLERES DE LITERATURA



GRAFÓGRAFXS
TALLER DE POESÍA

SÁBADOS 11 HORAS
IMPARTE SERGIO ERNESTO RÍOS
DESDE EL GRUPO DE FB: GRAFOPOETAS



TALLER DE NARRATIVA
GRAFÓGRAFXS

SÁBADOS AL MEDIODÍA
EN EL CENTRO TOLUQUEÑO
DE ESCRITORES
IMPARTE ALONSO GUZMÁN

TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge E. Robles Álvarez

Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 5, número 1, enero-marzo de 2023, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Vania Heredia

Fátima Maris

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza

Xitlailitl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

- | | | | |
|----|---|----|---|
| 5 | HOTEL EDÉN
Valeria Correa Fiz | 54 | TRES POEMAS
Anna dos Santos |
| 29 | REVÉS
Nuni Sarmiento | 58 | ORFANDAD
Andrea Villarreal |
| 34 | POTENCIALIDADES NEGATIVAS
Felipe Cussen | 62 | NO LE DIGAS A NADIE
María Fernanda Rodríguez |
| 45 | BLACK OUT
Daniel Arella | 68 | POEMAS
Elena Anníbali |
| 50 | DOS POEMAS
Gastón Leandro Ezequiel Vázquez | 76 | CUATRO POEMAS DEL LIBRO
<i>UNA FORMA DE LLEGAR AL FUTURO</i>
Santiago Venturini |
| 52 | PARQUE
José Luis Aguirre | | |

Ilustración en portada y contraportada:
Irma Bastida Herrera

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Retorno de Saturno
Ana Basilio

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

Hotel Edén*

Valeria Correa Fiz

A veces pienso en el Edén y en esa bebé, sobre todo las noches en las que tengo algún hombre desnudo colgado del pezón en mi cama y la luna derrama su luz ambiciosa sobre todas las cosas. La mirada ausente de Inés, la pechera de su vestido húmedo de leche, los balbuceos de Mari y Fabio y la nube de humo regresan a mí y eso que ahora soy otra. Estoy lejos, muy lejos de aquella adolescente a la que llamaban Merceditas y fumaba a escondidas y se sentía fuerte y vulnerable a la vez. Merceditas, la de quince años y, encima, una mudanza.

Nueva en el colegio.

Nueva en el barrio.

Nueva en la ciudad de Córdoba.

Quince años y de las que leían en vez de ahogar su adolescencia en una pantalla como mi hermana Mari. A la estupidez propia de su carácter y edad, diecisiete, a Mari se le sumaba el amor. Estaba de novia con Fabio, uno de quinto de nuestro antiguo colegio en Rosario, y más pendiente del visto en azul del WhatsApp que de las clases. Las notas de Mari reflejaban ese desgarramiento amoroso que había implicado la mudanza a Córdoba.

—Mari, ¿por qué no te aplicás un poco más en el cole?

*Este cuento forma parte del libro *Hubo un jardín* (Páginas de Espuma, 2022).

Aunque la frase de mis viejos terminaba ahí, mi hermana me miraba con el mismo desprecio que si hubieran soltado un al igual que Merceditas. Yo llevaba un trimestre en tercer año y mis notas no daban cuenta del trauma del cambio de ciudad y colegio. Obvio que hubiera preferido no mudarme, pero pensé que estaba bueno que Mari la cortara con Fabio. Ella era la única que lo llamaba así; en el barrio le decían P. P era de pastis porque Fabio era el rey del consumo y del comercio: vendía de todo, pero sobre todo drogas sintéticas. Para Fabio P era de Paraíso químico; para mí, de Pelotudo importante. En defensa de Mari voy a decir que el pibe estaba bueno: alto, delgado y con barba rojiza de dos días. Y eso no era lo mejor. Lo mejor eran los ojos, los tenía casi feroces y reverdes, pero los lucía muy poco. Vivía empastillado y con las pupilas dilatadas, lo que hacía que se vieran casi negros. Mi hermana no estaba enganchada con las pastillas, pero con ese novio todo era cuestión de tiempo. Yo hice lo que pude por ella; me empené, al menos ese verano (el verano que a mis viejos les prestaron una casita en Carlos Paz), aunque ya sabía por los libros, esa experiencia vicaria, que es muy difícil salvar a alguien que no quiere ser salvado.

Carlos Paz, la Perla del Valle de Punilla y de la provincia de Córdoba, era un destino de mierda para alguien como yo que odiaba la agitación sin sentido a la que te obligan los destinos turísticos que no te importan. Odié, en silencio y detrás de algún libro, todas las excursiones que se organizaron ese verano. Odié las fotos con el reloj Cucú, las vistas aéreas desde la telesilla y a mi vieja que me obligaba a ponerme al sol, porque te activa la vitamina D, Merceditas.

Odié todo con intensidad adolescente ese verano.

Lo único bueno para mí, paradójicamente, fue la llegada de Fabio. Vino con un olor lujoso a Gucci, un despeinado nuevo que

le costaba sus quince minutos de cera y laboriosidad frente al espejo y una sola buena idea que hizo sus ojos más feroces: una acampada nocturna en la sierra, cerca del Hotel Edén. En realidad, a Fabio la naturaleza le importaba lo mismo que a mi hermana, una mierda, pero él se lo contó a Mari por teléfono así:

—El lugar es de locos, vamos a flashear, Bicho.

A Fabio lo que más le interesaba era la fiesta de música electrónica que se iba a organizar en Il teatrino, el anfiteatro del Hotel Edén. Era un target bestial: la posibilidad de vender cientos de pastis de colores bajo un cielo reventado de estrellas en una sola noche; además de lo que podría vender al día siguiente entre los que acamparan. Fabio quería viajar a Córdoba por ese único amor que los hombres son capaces de sentir fielmente, el amor al *cash*: química pura. Se lo dije a Mari, pero el mesmerismo del sexo la tenía idiota y no se daba cuenta de nada.

Y no paró hasta que mis viejos dijeron que sí.

Sí a todo.

Sí, Fabio podía quedarse unos días en la casita de Carlos Paz con nosotros.

Sí, podíamos ir a la fiesta.

Sí, también nos dejaban acompañarlo a la acampada.

El viaje hacia el Hotel Edén lo hicimos en un Opel Corsa alquilado por Fabio. Entre las curvas y lo enfermo mental que era Fabio, al volante y en la vida, tuve que abandonar la lectura de *La mano izquierda de la oscuridad*. Bajé la ventanilla, incliné la cabeza y aspiré con los ojos cerrados todo el aire fresco que pude. Cuando se me pasó el mareo, empecé a leer los nombres intermitentes de las estancias y los hoteles que nos salían al cruce por el camino: Gran Hotel Panorama, Sol y Sierras, Hostal del Cucú. A pesar del sol y el paisaje centelleantes, esos nombres de neón apagados me fueron mordiendo el cuerpo con su melancolía.

Mi hermana, que me había visto por primera vez feliz en esas vacaciones, tuvo miedo de que mi humor agrietara la fiesta y disparó con los ojos en el retrovisor:

—¿Y ahora qué te pasa, pendeja?

—Nada.

—¿No que estabas contenta de visitar el hotel de los nazis?

—El hotel no era de los nazis, Mari. Lo construyeron unos alemanes a finales del siglo XIX.

El Hotel Edén había sido diseñado como un lugar de reposo para tuberculosos, pero su emplazamiento, lujo y, posteriormente, la Segunda Guerra Mundial lo habían convertido en el *spa* de la burguesía. Yo me lo imaginaba onda *La montaña mágica*, pero más grande, pesado y rozando el disparate: cien habitaciones, salones para fiestas, biblioteca, caballerizas y fuentes de mármol de Carrara que brillarían aun de noche, bajo la inmensa luna de leche, las sierras. Se autoabastecía: tenía huerta y criadero y hasta fábrica de cremas heladas. Era tan bestia que a su alrededor se había fundado una ciudad: La Falda.

—¿Cómo que no era de los nazis, pendeja? Si me lo dijiste vos.

—No, yo te hablé de una conexión de los segundos propietarios del hotel, los hermanos Eichorn, con el Partido Nacional Socialista.

—Y de Hitler.

Esa parte era verdad. Le había contado lo que se decía en Córdoba: el Führer y Eva Braun no se habrían suicidado en el búnker en Alemania, sino que se habían fugado a Argentina y habían vivido hasta su muerte en esa Austria tercermundista y falsificada que era la ciudad de La Falda con sus apacibles sierras, llenas de burritos, hierbas medicinales y fenómenos extraterrestres y paranormales.

—Sí, me olvidé de que les había hablado de Hitler.

A pesar de que le había dado la razón, Mari no quiso callarse:

—¿Ves? Te encanta hacerme quedar como una boluda, hacerme la superior, la Überpendeja.

Fabio, que no quería hostilidades entre nosotras que lo distrajeran de su negocio, intervino:

—¿Saben que las pibas de toda la provincia de Córdoba vienen a abortar a La Falda? Por eso suele granizar en esta zona.

Lo recuerdo bien como el pelotudo de ojos lindos que era.

—Otra razón más para legalizarlo —contestó mi hermana.

Yo estaba de acuerdo con la legalización del aborto, pero no con el razonamiento absurdo de mi hermana.

—Así cortamos el granizo y no sufren los agricultores de la provincia —disparé con ironía.

Y Fabio, con ese par de kryptonitas detenidas en mí, refulgiendo en el espejo retrovisor:

—¿Vos que te lees todo no sabés esto, pendeja?

—Definamos “esto”, P.

—La relación entre el granizo y los abortos.

Negué con la cabeza.

—Cada pibe no nacido es una bolita de hielo, dicen.

Levanté una ceja.

—Qué boludez, Fabi —dijo mi hermana y me salvó de intervenir—. ¿Y por qué vienen todas a La Falda? —preguntó.

Y él:

—Porque hay muchos criaderos. Las aborteras siempre se instalan cerca de donde hay lechones para que se coman los fetos. Dicen que lo primero que mastican son las cabezas, que están blanditas, y después el resto de los cuerpiitos. Los dejan hechos unos papiros: les chupan la sangre hasta que los deshidratan.

—Qué salvajadas decís, Fabi.

Asentí en silencio y regresé a *La mano izquierda de la oscuridad*: habitar esa civilización lejana era mejor que escucharlos.

El Hotel Edén era tan hiperbólico como me lo había imaginado, pero estaba más deteriorado todavía. La lealtad de mi memoria me devuelve la imagen del edificio así: las columnas tristes defendiéndose de la carcoma, su estructura moribunda y gris a pesar del sol radiante y un preciso olor a moho y polvo que anulaban la esperanza y su posibilidad. Su administración había pasado a manos de la provincia de Córdoba hacía unos años y lo habían habilitado como museo, pero el tiempo que permaneció abandonado y los saqueos lo habían vencido sin remedio.

Fabio y Mari se bajaron del coche, atravesaron el jardín para sacarse unos selfis junto a uno de los leones de la fuente de la entrada. No olvidó los colmillos lujosos de la estatua y unos nardos que coronaban el pedestal y disminuían la ferocidad del león con su perfume.

—¿Estás a tiempo de hacer la visita guiada?

—Sí, Mari.

—Nosotros vamos a acampar lo más cerca posible de Il teatrino.

—¿Los ayudo?

—No —dijo mi hermana mirando a Fabio—. ¿Nos vemos tipo ocho? Así nos cambiamos y cenamos algo antes de la fiesta.

Volví a decir que sí.

Mari quería asegurarse de que no estuviera por ahí durante un buen rato. Para meterse en la carpa y drogarse; para decirse palabras sucias y mirarse a los ojos y coger. No me preocupé: haría la visita, recorrería el enorme parque del hotel y elegiría un árbol donde podría, por fin, leer tranquila y a la sombra.

Nada sucedió como lo esperaba ese día.

El recorrido por el hotel fue una larga y aburrida decepción. Fui arrastrada por el guía, que me espió el culo durante toda la visita, junto a un malón de turistas que filmaban y fotografiaban

con sus teléfonos las paredes descascaradas y las galerías cubiertas de moho renegrido. A medida que avanzábamos por el edificio, el guía hablaba con más desgano. Éramos su última visita del día y se le notaba que quería terminar el trabajo. Llegamos a la *suite* presidencial y mientras él explicaba que tenía las mejores vistas de la sierra, me asomé al baño. Estaba encogido por la oscuridad y la bañera refulgía en su centro. Cerca del desagüe, hervía una mancha de escorpiones diminutos.

Nadie reparó en ellos.

A la gente no le interesaba tanto visitar con detenimiento las instalaciones como postear que habían estado allí. No querían conocer los datos arquitectónicos, ni los esfuerzos que supuso la construcción de ese hotel majestuoso en el medio de la nada. No les importaba cómo se había gestado la ciudad de La Falda, ese sueño de la cultura alemana en Argentina, alrededor del Hotel Edén. Estaban allí para escuchar las historias de fantasmas. Corrían toda suerte de leyendas urbanas al respecto: la veranda frontal amanecía con montoncitos de ceniza en un rincón como si alguien hubiera estado fumando allí toda la noche; el frío congelaba de golpe el cuarto de Ana, la nena tísica; un sostenido murmullo podía oírse de pronto en los salones de fiesta; la estatuilla del águila que coronaba la entrada del Edén y el letrero en latín que tenía a sus pies y rezaba “Bajo la sombra de tus alas, protégenos” habían desaparecido misteriosamente la noche en que Alemania se rindió a los aliados en Reims. Los turistas habían viajado para hacerse selfis en los lugares donde decían que podían verse los fantasmas de la bebé muerta de hipotermia, de la nena tísica y el de la Mujer de Rojo. ¿Por qué esos fantasmas estaban condenados a regresar a los mismos lugares del hotel? ¿Cuál era la verdad de sus fatídicas historias? ¿Y dónde aparecían, dónde?

—En esa galería de ahí aparece la Mujer de Rojo —explicó el guía con misterio fingido en la voz—. Al principio no se sabía

nada de ella, pero después investigamos en los archivos del hotel y vimos que esa mujer es el fantasma de María Herbert, una de las primeras propietarias del Hotel Edén, antes de que los hermanos Eichorn lo compraran.

Nos mostró una copia coloreada de la foto de archivo. Había sido tomada con poca luz, pero la fortaleza de la mujer y la voluptuosidad del vestido rojo trascendían la mala calidad del retrato. Nos fuimos pasando la fotografía de mano en mano. Todos coincidían: María Herbert era espectacularmente bella y elegante.

—Su fantasma aparece bastante seguido, siempre en ese vestido rojo que lleva en la foto, y se instala en la veranda a fumar. Se sabe que estuvo, aunque su fantasma no se manifieste, porque a la mañana siguiente aparecen montoncitos de cenizas en los rincones.

La gente fotografiaba la galería y miraba la captura digital de sus cámaras y teléfonos. Comprobaban si la lente les revelaba el fantasma de María Herbert que los ojos no veían.

Seguimos avanzando por un pasillo en penumbras. Una voz se alzó:

—Disculpá, ¿y la tísica dónde aparece?

El guía, supongo que hartado de repetir una y otra vez las mismas palabras gastadas, me dirigió una sonrisa con un dejo de complicidad burlona.

—Ana era la hija del médico del presidente Julio Argentino Roca. La nena viajó muy enferma de tuberculosis. El hotel era su última esperanza. Murió a los siete años en una habitación de la segunda planta y fue la primera muertita del Edén. Su fantasma es también peculiar. Se manifiesta sólo a los niños pequeños con los que ella quiere jugar. Hay nenes que la ven, otros que la escuchan solamente. La gente de La Falda dice que algunas noches de tormenta se ven unas luces azuladas, encendidas en ese cuarto, porque la nena no podía dormir a oscuras si oía truenos. Y su fantasma tampoco.

—¿Algún nene entró alguna vez en el cuarto de Ana? —preguntó un tipo de bigotes y pelo recortados como si integrara las Juventudes Hitlerianas.

—No; nunca lo mostramos porque la segunda planta está en obras desde que el hotel es museo. Pero los chicos la ven en la escalera o asomada por la ventana y les muestra una muñeca de porcelana. Es su invitación a jugar, dicen.

El desánimo general fue grande: los turistas del grupo tendrían una foto menos que postear o mostrar a la vuelta de las vacaciones.

—¿Es verdad que el fantasma de Ana sólo convoca a pibitos judíos?

—Cuando visitemos la galería acristalada, les muestro la ventana de la habitación de Ana, así le sacan una foto —dijo el guía, ninguneando la pregunta de Bigotes que volvió a alzar la voz y con gesto marcial dijo:

—Sé que llama sólo a los pibitos judíos.

—El cuarto del bebé...

Escuché un grito sofocado a mi lado, casi un maullido que interrumpió las palabras del guía: había salido de la boca de Inesita, la bebé de Martina, una piba que tenía apenas dieciséis y ya cargaba una bebé de cinco meses en un pañuelo enrollado a su cuerpo. Madre e hija eran tan menudas y silenciosas y pálidas que nadie había reparado en ellas.

Mientras Martina y yo nos presentábamos, el guía explicó que el fantasma del bebé del Edén aparecía en la casa de los cuidadores, donde vivía. Era hijo de una pareja de trabajadores del hotel.

—Murió de hipotermia, un descuido no infrecuente en esa época.

Vi que Martina, mordiéndose los labios pintarrajeados de rosa pálido, le tocaba el pie desnudo a Inesita, controlando disimuladamente la temperatura corporal.

—Cuando pasemos por las cabellerizas, les enseño la casita de los cuidadores desde afuera.

La visita duró una hora.

Terminó sin que pudiera acceder a los lugares que más me interesaban y sin que el guía me aportara nada que valiera la pena; al menos para mí. De Einstein, la Municipalidad de Córdoba había enmarcado una foto en la que se lo veía con un traje de lino blanco y con sombrero a juego, posando con otros pasajeros en las escalinatas del hotel. Llevaba las manos en los bolsillos y el gesto despreocupado y risueño que lo convertiría en meme décadas más tarde. De los otros visitantes ilustres, ni rastro. Los libros de los salones de lectura tampoco estaban para consulta: se los habían robado hacía mucho, al igual que las pinturas, estatuas, espejos y alfombras. Tampoco pude curiosear los archivos del hotel.

—No están acá, sino en Córdoba capital —me dijo el guía, contento de hablar conmigo a solas y de algo que no fueran fantasmas—. Tenés que pedir una cita para consultarlos. Y, que quede entre nosotros, está todo apilado en un cuartucho infecto, hecho un quilombo. ¿Por qué te interesa ese dato?

Me gustaba, me gusta la historia. Quería entender el pasado de un país cuyo presente oscuro me parecía y me sigue pareciendo incomprendible, pero respondí:

—Mi bisabuelo paterno era polaco. Polaco y judío. Leí que acá, en La Falda, había alemanes que no eran pronazis como los Eichorn. Siempre estoy leyendo acerca de ese período histórico...

—Pero si tu bisabuela no era judía —el guía me interrumpió—, vos no sos judía.

—Técnicamente no —dije—, pero...

—Y sí, sentimentalmente podés estar unido a muchas cosas —dijo mientras me tocaba el pelo—. Como no sos judía, zafás de

que te convoque el fantasma de Ana, la tísica, para jugar en su habitación, como dijo el tipo de bigotitos.

Reímos.

—Tuvimos una visita tranquila: sólo nos tocó un xenófobo pelotudo en el grupo esta vez.

—¿Hay en la sierra? —pregunté.

—Filonazis, *skinheads*, fachos; hay monstruos para todos los gustos acá, pero decime, ¿te gustó la visita?

Tardé un poco en responder que sí, que algunas cosas me habían gustado. A pesar de la decadencia del lugar, podías sentir la vocación de paraíso con la que había sido concebido el Hotel Edén.

—Me estás mintiendo. ¡Dudaste al responderme!

—No —dije con un dejo de melancolía—, es sólo que las cosas jamás funcionan como en nuestra imaginación.

—Decíselo a los dueños de este hotel —respondió y se me acercó un poco. Detecté en sus movimientos, como sabemos hacerlo todas las mujeres de cualquier edad y época, el paso que acecha.

—Me tengo que ir —mentí y le señalé a Martina. Para disimular, me puse a su lado, le ofrecí ayuda con Inesita y, ya lejos del guía, le pregunté si había venido sola.

—Sí, pero tengo unas amigas que llegan más tarde, para la fiesta. ¿Vos vas?

—Sí.

—Inesita también se queda —dijo y sonrió: no tenía muelas—; arman una carpa-guardería esta noche, ¿sabías?

Martina decía muchas cosas, pero no conversábamos. No teníamos nada en común. Ella había dejado el colegio y trabajaba limpiando oficinas de noche en Córdoba. El padre de Inesita había desaparecido apenas supo lo del embarazo. Martina hubiera preferido abortar, pero no tenía plata para ir a una clínica privada. Su vieja, para colmo, era evangelista. Fue hasta la puerta de una

abortera con una amiga, pero era una casa horrible, agusanada, dijo, y tuvo miedo de morir ahí, desangrada entre la mugre.

—Menos mal que mi vieja me ayuda de otra manera.

A Inesita la solía cuidar la abuela y otras mujeres de la Iglesia evangélica, pero ahora estaban en un retiro espiritual en Mar del Plata.

No había nada que me conectara a ella (no podía imaginarme cómo sería no ir al colegio, trabajar de noche, rechazar al cincuentón de tu jefe que trata de meterte mano cuando nadie mira, entregar casi todo tu dinero a tu madre porque vivís con ella y se hace cargo de tu hija), pero supe muchas cosas pasadas y futuras de ella con sólo observarla: que la maternidad precoz y la pobreza le habían arrebatado ya la educación y las muelas y que la podredumbre avanzaría, sin remedio, sobre toda su dentadura y sobre toda su vida. Supe que había ido a esa fiesta sin decírselo a su madre y que la factura de la luz, el gas o el teléfono de ese mes no se pagaría porque Martina se gastaría ese dinero en la salida. Supe, por último, que buscaba desesperadamente que ocurriera algo, cualquier cosa (la más imbécil, brutal o decepcionante) que la sacara del aburrimiento y la monótona desesperación de su vida.

Cuando la bebé se despertó, aproveché su llanto para alejarme y fumar un cigarrillo. Vi de lejos cómo se agarraba a la vida a través del pezón de su madre. Pensé involuntariamente, contra el cielo acuoso y amarillento de las primeras horas de la tarde, si esa imagen se repetiría en una carpa cerca de Il teatrino: Fabio colgado del pezón estéril de mi hermana. Le di una calada larga al cigarrillo y exhalé una nube de humo gris densa que me cubrió la cara.

—Anuncian lluvia para esta madrugada y frío, ¿sabías?

Detrás de la nube de humo, el guía, que había vuelto y me hablaba. A mí me sonaba a pretexto eso de la tormenta, pero los días de verano de mi adolescencia eran vastos e impredecibles.

—Ustedes se quedan a la fiesta, ¿no?

Asentí sin dejar de fumar.

—Tomá, te conseguí el teléfono directo del Jefe de Archivos de Córdoba, por si te interesa hacer una cita para revisar los registros del hotel.

Sonreí.

—Soy Víctor.

—Gracias, Víctor.

—Si vas, me tenés que contar si lo que dijo un franchute que pasó por el Edén hace un tiempo es cierto.

—A ver...

—Me dijo que había estudiado los planos del archivo de algunas reformas de la época de los Eichorn y que se parecían a los planos de algunas construcciones de los nazis.

—Alta locura.

—Y que esas coincidencias arquitectónicas explicaban en parte, según él, las apariciones y los demás fenómenos paranormales del Edén.

—¡Cómo!

—Ya ni me acuerdo cómo era su teoría exactamente, pero él decía que las prácticas esotéricas de los nazis abrían portales a otros mundos en espacios similares. De ahí el interés del franchute en verificar parecidos arquitectónicos.

—Esas coincidencias arquitectónicas, si es que existen, lo único que explican es que el nazismo fue un árbol monstruoso que extendió sus ramas también en Argentina.

—Según el franchute, existen: el anfiteatro, por ejemplo, estaría diseñado siguiendo los planos de la cripta de un castillo de Himmler.

—O sea que la ciudad de La Falda, con sus pronazis y construcciones, es un *remix* del Tercer Reich. ¿Sueñan los *boy scouts* de las sierras con integrar las Juventudes Hitlerianas?

Víctor soltó una risotada.

—Cada verano sumamos más y más flasheados y conspira-
noicos: no sólo turistas con aspiraciones góticas y filonazis, sino
también todos los que se bajan del cerro Uritorco y dicen que los
ovnis llevan las luces alineadas como una esvástica. O que les
asignaron una misión en la Tierra. Lisergia pura. Pero nada es
predecible: una vez vino uno diciendo que sabía que uno de los
hermanos Eichorn coleccionaba corpiños de mujer como Himm-
ler o Goëring, que dónde estaba la ropa interior de los Eichorn,
que si ellos también se pintaban las uñas, que por qué escondía-
mos esa información.

Volvimos a reírnos.

—Te estás inventando todo —le dije.

—¿Tomamos algo? Hay una cervecería buenísima y nada tu-
rística en La Falda.

Lo volví a mirar: Víctor no me gustaba ni remotamente.

—Y hacen un *apfelstrudel* brutal.

—No la voy a dejar sola... —me excusé señalando a Martina
que seguía amamantando a su hija.

A eso de las cinco de la tarde, el *parking* del hotel se llenó.

—¿En qué vienen tus amigas, Martina?

—Las trae el padre de una de ellas. No hay drama por el tema
del estacionamiento: las deja en la puerta y se va.

Lo que de verdad quería saber era a qué hora llegaban sus
amigas y ahora entendía que todavía me faltaba un buen rato, dos
horas para poder ir a la carpa al encuentro de Mari y liberarme
de Inés.

—Ah.

—Yo me vine antes porque a los padres mucho no les gus-
ta que sus hijas se junten con una como yo —dijo y sonrió con
resignación, dejando ver los huecos oscuros donde debían estar

las muelas—. Y de paso, para aprovechar el día. Tengo que ir al
baño. ¿Me la tenés?

De repente me encontré con ese paquetito de carne que olía
a ricota y a fruta ligeramente podrida entre los brazos. Tuve que
espantar una mosca que le revoloteaba el culo. ¿Cada cuánto se
cambiaban los pañales? Inesita estaba durmiendo, pero la fila del
baño era larga y podía despertarse en cualquier momento. Me
pareció todavía más chiquita e indefensa entre mis brazos, que no
sabían cómo sujetarla. Sentí un pánico irracional. ¿Y si Martina
no volvía? ¿Y si me dejaba ahí, clavada con su bebé? ¿Cómo se
era madre en contra de tu voluntad, por imposición o accidente?
Me había puesto tan nerviosa que no dejaba de pensar cosas que
no tenían sentido. Martina regresó a los diez minutos: no me dejó
clavada con Inesita; a la que clavaron fue a ella. Volvió del baño
con la cara larga y la noticia: había recibido un *whatsapp* de una
de sus amigas que le anunciaba que, como habían pronosticado
tormenta para la madrugada, no las llevaban. Todo por culpa del
padre de Camila, que era un vigilante, dijo.

—Menos mal que te conocí a vos —agregó.

Ahora no tendría más remedio que arrastrarla al menos hasta
las ocho, la hora que mi hermana me había indicado para encon-
trarnos, y eso hice.

Lo que de verdad importa de ese día es lo que pasó después de las
tres de la mañana, cuando se puso a llover. No fue mucho pero sí lo
suficiente como para que la gente se refugiara en sus carpas o coches
y la fiesta se suspendiera. Martina retiró a Inesita de la carpa-guar-
dería y se la trajo con nosotros. El agua duró poco, pero la tormenta
levantó un viento desbocado que se colaba frío en todas las carpas.
Entonces alguien de una carpa a nuestro alrededor voceó:

—¿Y si nos refugiamos en el Edén?

Muy pronto una veintena de los chicos del campamento estaban listos para forzar una puerta o romper algún vidrio y entrar a la galería acristalada del hotel. Las nubes habían oscurecido casi completamente el cielo y los árboles agitaban las ramas como garras fantasmas. Martina, con Inesita a cuestas, caminaba abrazada a Dany, un inglés que había acampado junto a nosotros.

—¿Me la tenés un rato? —me preguntó mientras ponía a la bebé dormida en mis brazos. Sé que se sentía feliz con ese amor oportunista y veraniego, pero bajo ese cielo sin luna ni estrellas yo la veía azulada y débil, un ángel moribundo.

Llegamos a la entrada de la galería. Había dos árboles enormes, uno a cada lado de la puerta. Eran tan fuertes y frondosos, estaban tan mojados que todavía chorreaban agua. El ruido rítmico sonaba a advertencia. Yo no quería entrar, no quería allanar el Edén. Me sentí incómoda desde el principio de aquella aventura. Encima alguien señaló un gato que jadeaba moribundo a unos pasos de la puerta de la galería. Me acerqué y vi que tenía los ojos inmóviles e igual de verdes que los de Fabio. Me pregunté si sólo yo me fijaba en esos detalles siniestros porque no me gustaba la idea de colarme en el Edén.

La cerradura de la puerta de la galería acristalada soltó un quejido cuando la violaron, algo agudo que me hizo pensar en ratas y que encontró rápido un eco en las risitas transgresoras del grupo. Inesita se removió en mis brazos.

Por fin estábamos dentro.

Por fin dejábamos de temblar de frío.

El malestar empezó a disiparse en mi cuerpo cuando la gente se sentó en el suelo en un círculo espontáneo. Alguien se lamentó por no haber traído el mate; alguien, por haber olvidado la guitarra; alguien, por no haber traído una tabla ouija para convocar a los fantasmas del Edén.

Y mi hermana:

—¿Qué hacés con eso encima, pendeja?

Eso era Inesita. Le señalé con un gesto de cabeza a Martina y al inglés abrazados en el fondo.

Por segunda vez ese día tuve que volver a oír las leyendas de la Mujer de Rojo, la Nena Tísica, la Bebé que Murió de Frío. Por segunda vez ese día, escuchar historias de alienígenas y avistamientos de platos voladores en el Cerro Uritorco. La zona, dijo un chico con un fuerte acento cordobés, está llena de gatos y perros muertos. Aparecen con los ojos pavorosos y deshidratados, sin una gota de sangre, porque son el alimento de los extraterrestres.

Salió de repente, de entre las nubes, una luna inmensa y nuestras caras se blanquearon. Miré a mi alrededor, todos los que estábamos sentados en esa ronda teníamos un mismo tono pálido. La luz de la luna y las historias que estaban contando habían derramado sobre las caras las muecas de la risa nerviosa o el miedo. Inesita se puso a lloriquear. Me puse de pie y Mari:

—¿Dónde vas, pendeja?

Le señalé el rincón oscuro donde estaba su madre. Martina me recibió con cara de hartazgo y la pechera de su vestido empapada de leche. Le dejé a la bebé en los brazos:

—Tiene hambre.

Yo también estaba harta, pero regresé a mi lugar en la ronda, al lado de mi hermana. Martina me siguió. Se sentó a mi lado y se puso a darle de mamar a la bebé. En ese momento, Fabio se puso de pie.

—Las Supermán son regalo de la casa —anunció mientras se repartía una de sus famosas pastis de colores: era rosada y tenía una letra S grabada en bajorrelieve—. Las tenía reservadas para el final de la fiesta, pero este también es un buen momento.

Y, como un sacerdote, fue dejando en las manos de cada uno de los del grupo una pastis rosada. Una promoción especial para

clientes selectos que podrían comprar más mañana, a la luz del nuevo día. Cuando llegó mi turno, no extendí la mano.

—¿Vos, pendeja?

Negué con la cabeza:

—Ya sabés que no.

—Para que se te arregle la noche —dijo con voz de promesa—. Estas son de las muy muy especiales.

Como yo seguía resistiéndome, puso dos pastillas en su palma y cuando se las iba a llevar a la boca, Martina dijo:

—Las quiero yo.

Inesita ya había dejado de mamar y estaba sólo jugueteando con el pezón con sus últimas fuerzas. Había algo especular entre esa luna blanca, la teta cargada de leche de Martina y la carita redonda de la bebé.

Fabio le dio las dos pastillas a Martina y siguió distribuyendo pastis por la ronda. Martina se tragó las suyas.

Alguien dijo:

—Hagamos un fuego para calentarnos.

Cosas para quemar todavía había y muchas en el hotel. En esa parte de la galería, sillas de mimbre, un par de sillones desven- cijos y sus cojines, una mesita ratona de madera.

Cuando quebraron la pata de la primera silla, me fui a dar un paseo. Yo sentía aprecio por cosas que los demás despreciaban. Estaba sola en mis filias y también en mis fobias. Pensar diferente, lo sé ahora, es una de las formas más profundas de la soledad.

Salí al jardín y me alejé.

Por entre las nubes negrísimas, brotaba aislada alguna estre- lla. La luz de verdad poderosa venía de la luna y el jardín entero estaba detenido en su brillo. Su luz había teñido de leche el agua cristalina de la fuente y azulado los árboles renegridos. El viento y la lluvia habían golpeado los nardos al pie de los pedestales de

los leones y, sin las flores, las estatuas habían recuperado su hierá- tica ferocidad. Pensé que los alemanes sabían cómo construir una atmósfera sublime, casi un lugar común de la estética germánica. Tenía frío, pero me sentía bien ahí, en ese silencio que parecía haber secado todas las cosas del jardín. Hay un instante en la vida en el que uno encuentra su lugar y se reconoce para siempre. No sabría decir bien por qué, pero ese fue el mío.

Volver a estar sola con los leones del Edén es un momento que quisiera repetir siempre por lo bien que me sentí. Volver a estar sola con los leones del Edén es un momento que no quisiera repe- tir nunca por lo que vino después.

Todo pasó confusamente rápido. Supongo que primero vinie- ron los gritos y golpes que no alcancé a oír y después sombras a la carrera y en fuga que no llegué a ver por la distancia que me separaba de la galería acristalada. Y después, después sí. Después sí que escuché una voz de alarma que decía:

—Fuego.

Corrí unos metros y comprobé que la galería era una caja de humo. Retomé la carrera y corrí hasta allá con la sangre y el mie- do bombeándome en las sienas. Se había formado un corro con la gente de las carpas que no nos había acompañado al Edén. Nadie se atrevía a entrar a ayudar a los que estaban dentro, por miedo: supe después que unos diez tipos rapados, con pinta de *skinheads* habían aparecido de la nada con cadenas y un par de botellas de querosén en la galería acristalada. Las cadenas las habían usado para abollar un par de cabezas y romper costillas; con las bote- llas de querosén habían avivado la fogata hasta convertirla en un incendio. También habían rociado de combustible a un par de chicas que sufrieron quemaduras graves.

—Este lugar no los merece —dijeron que habían gritado los fanáticos, pero eso no es lo importante.

Lo importante era la gente que todavía estaba atrapada dentro de la galería. Sólo unos pocos, con la cabeza ensangrentada, tiznados de negro y tosiendo, habían conseguido salir por la única puerta. Mi hermana seguía ahí adentro y me lancé entre la nube de humo. Alguien trató de sujetarme:

—No entrés que todavía hay algún nazi adentro y no se puede respirar; ya llamamos a los bomberos.

Pero me zafé y entré. No se veía nada, el humo era una niebla espesa. Grité con todas mis fuerzas:

—Mari, Mari.

Cada tanto, tropezaba con alguien. Me di cuenta de que la mayoría de la gente seguía sentada en su sitio, no se habían movido: estaban tan drogados, tan en otra parte, que no entendían nada, ni el incendio ni su magnitud.

—Mariiii.

Busqué a mi hermana unos segundos más, que parecieron horas, sin poder orientarme en esa masa espesa de humo. De pronto, un estrépito de cristales. Desde afuera habían conseguido hacer un hueco. Algo de humo se disipó y la vi: Mari estaba con Fabio y Martina. Los tres acurrucados en un rincón sin importarles el fuego, apuntando a algo que yo no veía, con los labios azules.

Les grité un vamos, pero no me miraron.

Fabio no era más el *dealer* sin freno, sino un pobre pibe enco-gido que balbuceaba. No sé qué decía. Me di cuenta de que todos los que estaban allí, a su alrededor, balbuceaban algo y que había mucha gente señalando el mismo lugar que mi hermana, Fabio y Martina.

—Mariiii, parate, tenemos que salir.

Sujeté a mi hermana del antebrazo e intenté hacer que se pusiera de pie, pero ella me retiró el brazo con violencia. Perdí el equilibrio, me caí y mi cara quedó a la altura de la suya. Mari

abría mucho los ojos y me obligó a girarme como si de verdad hubiera algo detrás de mí. Señalaba el edificio principal del Edén, hacia los cuartos de la segunda planta, pero allí no había nada. Nada que yo viera, al menos.

—Fabio —grité—, ayúdame a sacar a mi hermana.

La luna se ocultó de pronto y el ambiente se volvió más turbio y oscuro. No quedaba otra luz más que la débil estelar y la rojiza que emitía el fuego. Hacía muchísimo calor y costaba respirar y los de afuera que seguían sin auxiliar a nadie. Mientras continuaba forcejeando con mi hermana, grité:

—Martina, sacá a Inesita de acá.

Sólo entonces advertí el llanto de la bebé. Se oía apenas entre los balbuceos del corifeo de drogados, sus toses y el crepitar de las llamas.

—Martina, reaccioná.

Me acerqué y le pegué una cachetada histérica. Sólo entonces pareció mirarme. Se puso de pie y en vez de dirigirse hacia la salida fue hacia la puerta del fondo, la que comunicaba a la galería acristalada con el edificio principal del Edén. Caminaba con una sonrisa idiota hacia donde los otros señalaban.

—Boluda, ¿qué hacés?

Tiré de su hombro, traté de girarla un poco y guiarla en dirección contraria, hacia la puerta de salida, pero Martina me empujó. Tenía la mirada hueca que tienen los muertos y la fuerza y la determinación de los locos. La abandoné. Agarré con las dos manos y con más fuerza el antebrazo de mi hermana.

—Mari, nos tenemos que ir.

Esa vez conseguí arrastrarla unos dos metros. A guiarla hacia la salida, me ayudó un bombero recién llegado. Con eficiencia, rescataron también a Fabio y fueron sacando a todos los demás.

Nos envolvieron en mantas. Yo no paraba de toser y me picaban los ojos. Los otros seguían balbuceando cosas incomprensibles entre toses; algunos todavía miraban con los ojos acabados de la droga hacia el Edén. El fuego parecía bajo control, pero el lugar no dejaba de arder. Unos minutos más tarde, la estructura de hierro de la galería se dobló sobre sí misma. Cedió entonces la geometría del lugar, las paredes de cristal estallaron y los fragmentos volaron en todas las direcciones.

De repente todo fue agitación y movimiento.

Los bomberos nos empujaron para que nos alejáramos de la escena, hubo gritos y miedo y ahí, recién entonces, me di cuenta. Miré a Mari:

—¿La viste a Martina?

No me respondió.

—¿Sabés si salió?

Mi hermana tenía dos mechones de pelo vomitados colgándole a los lados de la cara. Estaba mejor, se le veía en la mirada, pero seguía sin comprender nada. Fui con desesperación hacia un bombero:

—Falta una chica, Inés. Digo, Martina; Inés es la bebé. Martina es una rubia, flaquita e Inés es su beba, tiene menos de un año y estaba con ella.

No sé si el bombero alcanzó a oír toda la información. Corrió hacia el desastre con otros dos más. Se los veía dispuestos a buscar entre los cristales rotos y el fuego. Hubo aplausos y vivas, como si todo fuera un espectáculo. Sentí la rabia calentándome la cara y la mano helada de Mari sobre mi antebrazo. Con el índice de la otra mano señalaba hacia arriba, hacia la habitación de Ana, la tísica, la primera muertita del Edén.

La luz de la habitación estaba encendida.

Venía desde el fondo y se entramaba en las paredes y reflejaba en los cristales de la ventana del cuarto. No era potente; era una

luz azul abismo que no sé explicar y que para siempre asociaré a la angustia. No sé si alguien más que ella y yo la vimos: ahí, detrás de los cristales, estaba Martina con su bebé en brazos.

La imagen duró sólo unos instantes.

Tenía la boca tan exageradamente abierta que exhibiría sin pudor la dentadura sin las muelas. ¿O era quizá la mueca de una risa histérica? Levantó una mano, los dedos rígidos. No sé si saludaba o intentaba frenar a la nena que se le acercaba. Tenía el pelo larguísimo e iba vestida de blanco. Se movía con la ductilidad de las medusas en el agua, como si no tuviera huesos. Avanzó, tomó a Inesita entre sus brazos y desapareció. Simplemente. Fue como si su figura se deshiciera desde el azul creciente de la habitación hasta fundirse en negro. Lo último que vi, flotando en lo oscuro, fue la cara pálida y redonda de Inesita, una muñeca de porcelana en la luz del cuarto.

La luz azul abismo se apagó.

Unos segundos más tarde, uno de los bomberos traía en brazos a Martina. Estaba inconsciente, con quemaduras graves y los pulmones anegados de humo. Por suerte, comenzaban a llegar más ambulancias desde las ciudades vecinas.

Mi hermana tenía quemaduras leves, pero dijeron que lo mejor era hospitalizarla, al menos en observación por un día. Igual que a Fabio. Yo me fui con ellos. Víctor, el guía, llegó al hospital antes que mis viejos.

—Me enteré del incendio y vine a ver si estabas —dijo.

Nos dimos un par de besos ese verano, eso fue todo, pero nos hicimos amigos. Todavía lo somos: la amistad es una forma racional y duradera del amor, supongo. Martina tardó un par de meses en recuperarse de sus quemaduras y la bebé, Inesita, no apareció nunca: lo supimos por las noticias y por las campañas de búsqueda desesperadas que montó su abuela y la Iglesia evangélica de Córdoba.

Mari no se acuerda de nada, nunca recuperó la memoria de lo que sucedió esa noche.

Fabio se murió en una balacera en Rosario hace un par de años; venganzas de narcos, dicen.

El Hotel Edén sigue abierto. Los bomberos trabajaron duro para extinguir el incendio mientras un alba interminable borraba las muchísimas estrellas que se nos ofrecen desde otros mundos. Reconstruyeron la galería acristalada, repararon los daños del incendio y sigue funcionando como museo.

Hay nenes que escuchan la tos de una nenita durante las visitas; las nenas dicen verla. Es delgada y pálida. Viste un camisón que le cubre los pies. Lleva el pelo rubio ceniza largo y suelto hasta la mitad de la espalda y dos muñecas de porcelana en brazos.

Dicen que las invita a jugar con una de sus muñecas. A todas les ofrece lo mismo:

—¿Querés ser la mamá de Inesita?

VALERIA CORREA FIZ (Rosario, Argentina). Es autora de los libros de relatos *La condición animal* (Páginas de Espuma, 2016) y *Hubo un jardín* (Páginas de Espuma, 2022), así como de los poemarios *El álbum oscuro*, *El invierno a deshoras* (Hiperión, 2017), *Museo de pérdidas* (Ediciones La Palma, 2020) y *Así el deseo* (Editorial BGR, 2021). Algunos de sus relatos y poemas aparecen en diversas antologías y fueron traducidos al inglés, italiano, hebreo y rumano. Coordina el Club de Lectura del Instituto Cervantes de Milán e imparte talleres de escritura creativa en Milán y Madrid.

Revés

Nuni Sarmiento

Hace años decidí retirarme del detestable mundo y encerrarme en mi casa. Traje conmigo a un sirviente para que se encargara de mis asuntos y de las inevitables relaciones con el mundo exterior. Es un joven bueno que se conforma con servirme en silencio, y aunque a veces su presencia me resulta un poco molesta, yo sé que hace lo posible por evitarme disgustos. Por la mañana, cuando abro los ojos, veo una taza de café humeante a mi lado, pero no hay rastros de su persona. Nada me alegra más que esta ausencia. Siento entonces tanto agradecimiento hacia él que hasta he llegado a pensar que merece ser amado, aunque yo estoy muy vieja para esas cosas y él no es más que un muchacho. Pero otras veces, mientras desempolva los libros de la biblioteca, no puede evitar que se le escape un estornudo. De inmediato se me sube la sangre a la cabeza, pierdo el control de mis nervios y paso días y días en cama, incapaz de moverme. Él me alimenta con puré de verduras y caldo de aves. Su expresión suave y lejana me transmite una devoción impecable. Sus ojos siguen el trayecto de la cuchara, se posan en mis labios, regresan al plato. Es un individuo sensible. Sabe perfectamente que si se atreviera a mirarme a los ojos, yo sufriría una terrible recaída.

Por suerte, hace mucho que no comete un error. Mi estado anímico es excelente; mi condición física, inmejorable. Ni el más discreto ruido perturba mis oídos, ni la menor huella visible se

presenta ante mis ojos, y si no fuera por la pulcritud de los muebles, el piso reluciente, la cama que se hace como por arte de magia en cuanto le doy la espalda, las comidas delicadas y sabrosas en el momento oportuno, un vaso de vino, una taza de té, un libro abierto en la página exacta, yo estaría segura de que mi sirviente no existe.

Han pasado meses, tal vez años, no sé, pero su bondad entrañable ha persistido haciendo de mi vida un paraíso. Día y noche alabo su tacto y su prudencia. Los libros están limpios, nada turba la paz de mi espíritu. A veces me pregunto cómo es posible tanta pulcritud, tanto esmero. Lo que más me asombra es que adivine constantemente mis deseos, algunos de los cuales yo misma desconozco. Es él quien me los sugiere con sutil acierto, poniendo a mi alcance lo necesario para satisfacerlos. Como se ve, es una persona inteligente. Sabe que me gusta soñar y que de vez en cuando mis sueños caen en el hastío. Pero a través de un libro o un objeto, él hace revivir en mí el placer de una fantasía ya exhausta, y me insinúa nuevas tramas, giros ocultos, que sólo una mente excepcional podría urdir, y que me permiten entregarme a un nuevo goce. Tengo que reconocer que mi sirviente es un genio.

Los días han seguido pasando sin un cambio aparente, aunque ya mi felicidad no es tan perfecta. Sé que es absurdo, pero desde hace algún tiempo no hago más que esperar el momento en que mi sirviente cometa algún error, aunque sea pequeño. No lo comete, por supuesto. He llegado a permanecer despierta toda la noche para sorprenderlo en el momento en que coloca la taza de café humeante sobre la mesita, pero en el instante justo el sueño me traiciona. Abro los ojos y se ha desvanecido. También pasé días buscándolo. Caminé por la casa, abrí y cerré las puertas, me escondí toda la tarde en la cocina esperando a que acudiera a preparar la cena, todo en vano. Sin embargo, cuando sentí hambre,

me encaminé al comedor y encontré la cena servida. Es obvio que mi sirviente no es normal. Me fui esa noche a la cama de mal humor, soñé cosas raras.

Pasé después el día de un lado a otro, con desazón creciente, ya sin intención de sorprenderlo. Quise llamarlo, pero me repugnó la idea. Me fui al vestíbulo (un lugar que no veía desde que me retiré del mundo) con la esperanza de encontrar allí algún desperfecto, pero todo estaba tan impecable como el resto. Vi una rosa amarilla recién cortada y me incliné hacia ella; tal vez su aroma me calmaría un poco los nervios. En eso estaba, aspirando su delicada fragancia, cuando oí el estornudo. No era un estornudo como los de antes (aquellos eran vulgares y violentos), sino un estornudo afectado, bastante falso, pero estallé en júbilo, di un saltito (el primer saltito que daba en mucho tiempo) y me abracé a una silla.

Poco a poco, en los errores que mi sirviente me ofrecía con generosidad creciente, fui descubriendo nuevas alegrías. Es verdad que me pasaba los días aguzando el oído, en perpetuo estado de alerta. Pero una mañana alcancé a ver un talón que desaparecía por la puerta y luego comprobé, muy satisfecha, que parte del café se había volcado en el platillo. Para un sirviente como él era un error considerable. Claro que en realidad no eran errores sino aciertos, ya que los cometía para complacerme. Pero igual, cada vez que encontraba la comida muy salada o me llegaba el estrépito de una taza al romperse en la cocina, el corazón me latía de contento. Me volví adicta a las imperfecciones.

Así, al cabo de algún tiempo, mi casa se convirtió en un caos muy divertido. Incluso conseguí que mi sirviente dejara que lo viera y me permitiera participar en las tareas destructivas. La pasábamos muy bien, el día entero jugando a que todo saliera al revés de como a la señora le gustaba. Él hacía de señora, yo de

sirviente, porque el papel de señora, la verdad, ya me tenía bastante hartado. Se me ocurrían las cosas más horribles, como llevarle el café a las seis de la mañana, cuando la señora se había acostado a las cuatro, un café recalentado y con mucha azúcar, tal como la señora detestaba.

Para mi disgusto, una mañana la señora se tomó el café con gran deleite. Al día siguiente se lo llevé muy tarde, recién hecho y con una pizca de azúcar. Fui yo el que me deleité entonces ante las muecas de asco de mi señora, que amenazó con despedirme. Me reí a carcajada limpia, y la señora, en lugar de molestarse, se rio conmigo. Por eso, en adelante, y ateniéndome a las reglas del juego, me mantuve serio, haciendo todo como más desagradaba a la señora y pasándola estupendamente. Ya no dejé caer los platos, pues a la señora le encantaba el estruendo, ni serví las comidas a destiempo, porque disfrutaba mucho del desorden. Hasta aprendí a contener los estornudos. Y aunque la señora se moría de las ganas de prescindir de mis servicios, no pudo hacerlo, pues jamás logró encontrarme. Me convertí en el sirviente más escurridizo, furtivo e inasible... un fantasma dedicado con esmero a sabotear los deseos de mi ama.

Una mañana mi señora dejó intacta la taza de café, el pescado a la plancha del almuerzo, las sencillas papas al vapor con aceite de oliva y perejil picado de la cena. Lo mismo al día siguiente. Después de muchas dudas, decidí entrar en su alcoba, corriendo el riesgo horrible de darle una alegría. Mis temores —no los de darle una alegría— eran ciertos. Con su camisón impecablemente blanco que tanto odiaba, pues le gustaban sucios, viejos y usar el mismo siempre, la anciana yacía completamente muerta en su cama. Se me encogió el corazón al verla así y lloré desconsolado, porque en el fondo la quería y qué sería de mí ahora sin ella. ¿Acaso me había excedido en la imperfección de mis servicios? No, porque

de haberla complacido, la señora hubiera muerto mucho antes. Al día siguiente el llanto persistía, pero igual junté mis cosas para irme, ya mi presencia no estorbaba.

Andando sin rumbo por la calle, con mi maleta vieja, se me borró de pronto el llanto. Me sentí alegre, volátil, inmensamente libre, feliz de haber escapado de esa historia, de ser yo nuevamente.

NUNI SARMIENTO (Buenos Aires, Argentina, 1956). Estudió Letras en la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado *La maldad del azar* (Monte Avila, 1991), *¡Señoras!* (Ediciones Solar, 1991) y *Revés* (Siembraviva Ediciones, 2003).

Potencialidades negativas*

Felipe Cussen

No he leído todos los libros de Mario Vargas Llosa, pero puedo afirmar sin ninguna duda que el peor de todos es *La civilización del espectáculo*, un ensayo, tan ofuscado como mal argumentado y desinformado, en el que dispara contra todos los males de la modernidad. Destaco uno de sus pasajes para iniciar una breve reflexión sobre la literatura y las tecnologías digitales:

La televisión es hasta ahora la mejor demostración de que la pantalla banaliza los contenidos —sobre todo las ideas— y tiende a convertir todo lo que pasa por ella en espectáculo, en el sentido más epidérmico y efímero del término. Mi impresión es que la literatura, la filosofía, la historia, la crítica de arte, no se diga la poesía, todas las manifestaciones de la cultura escritas para la Red serán sin duda cada vez más entretenidas, es decir, más superficiales y pasajeras, como todo lo que se vuelve dependiente de la actualidad. Si esto es así, los lectores de las nuevas generaciones difícilmente estarán en condiciones de apreciar todo lo que valen y significaron unas obras exigentes de pensamiento o creación, pues les parecerán tan remotas y excéntricas como lo son para nosotros las disputas escolásticas medievales sobre los ángeles o los tratados de alquimistas sobre la piedra filosofal.¹

* El punto de partida de este ensayo fue la invitación a participar, junto con Enrique Winter, en la sesión “Poética: La palabra poética en la era de lo medial”, Seminario Central de Investigación del Instituto de Arte de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, el 5 de mayo de 2017. Este ensayo fue publicado en *Poesía Programa Performance. Projetos, processos e práticas em meios digitais*, Ed. Bruno Ministro y Sandra Guerreiro Dias, Porto, Fundação Fernando Pessoa, 2021.

1 Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo* (Madrid: Alfaguara, 2021), pp. 205-6.

Tengo varios reparos contra esta exagerada opinión, y el primero de ellos es que no considero agotadas las discusiones sobre los ángeles: en 2015 tuve la suerte de asistir a una fantástica conferencia de Alois M. Haas dedicada precisamente a la vieja pregunta de cuántos ángeles pueden bailar en la punta de un alfiler. Pero en vez de contraatacar sus posturas, preferiría establecer un contraste con otro prócer de la literatura latinoamericana del siglo XX, Octavio Paz, quien, unas décadas antes, valoraba la relación directa de la poesía con sus diversos soportes:

La poesía ha convivido con todas las sociedades y se ha servido de todos los medios de comunicación que esas sociedades le han proporcionado, desde las conchas y caracoles marinos hasta los instrumentos musicales más refinados, de la inscripción sobre un ladrillo al manuscrito miniado, del libro al disco y la banda magnética.²

Paz se manifestaba, además, extremadamente optimista por las posibilidades que ofrecía la televisión:

En la pantalla de televisión confluyen las dos grandes tradiciones poéticas, la escrita y hablada. La pantalla es una página favorable, incluso por sus dimensiones, al diseño de composiciones no menos sino más complejas que la ideada por Mallarmé [...] las imágenes visuales y los elementos sonoros, en lugar de ser meros adornos, pueden transformarse en partes orgánicas del cuerpo mismo del poema.³

No ha sido la pantalla de televisión, sino la del computador o la del teléfono móvil la que permitiría hoy la concreción de esta utopía de Paz, tanto como el apocalipsis que predica Vargas Llosa.

2 Octavio Paz, “Balance y pronóstico”, en *La casa de la presencia. Poesía e historia. Obras Completas*, tomo I (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), p. 577.

3 *Ibíd.*, p. 579.

Y sus posturas no dan cuenta, por cierto, de la gran cantidad de matices y complejidades que es posible encontrar en el ámbito de la literatura, el arte y los medios producidos y difundidos a través de internet. Pero creo que, por lo mismo, reflejan muy bien los discursos más frecuentes a nivel público en torno a estas problemáticas, que tienden excesivamente a uno de ambos extremos. Basta recordar las caras de espanto que provocó hace unos años el surgimiento del *e-book* y el (hasta ahora) errado diagnóstico que alertaba ante la desaparición del libro impreso. Lo mismo sucede con la reciente ola de optimismo que ha provocado el supuesto “renacimiento” de la poesía gracias a las redes sociales, apoyado comercialmente por importantes grupos editoriales y celebrado por muchos medios de comunicación. “La poesía estalla en las redes”, se titulaba un artículo del diario *El País* de España, que presentaba este fenómeno:

No son cantantes, ni presentadores de televisión, sino poetas. Es el último domingo de la Feria del Libro de Madrid, y las vallas están fuera para ordenar la fila, que apenas empieza a formarse junto a la caseta donde firmarán. Cristina, de 17 años, descubrió los versos de Escandar Algeet en un vídeo de YouTube —“es romántico y ha sufrido por amor, pero no es ñoño”.⁴

En efecto, plataformas como Facebook, Twitter e Instagram son hoy uno de los espacios privilegiados para la difusión de textos escritos o leídos en voz alta, que en el caso de los autores más exitosos también desembocan en el papel. Uno de los casos más sonados fue la tercera edición del premio EspasaesPoesía, dirigido

⁴ Andrea Aguilar, “La poesía estalla en las redes”, *El País*, 25 de julio de 2014. https://elpais.com/cultura/2014/07/21/babelia/1405960941_843796.html (consultado el 22 de febrero de 2021).

a escritores de este ámbito, que pueden participar sin seudónimo. En el año de la pandemia fue otorgado al venezolano Rafael Cabaliere, un poeta del que prácticamente no había información, pero que contaba con miles de seguidores en sus redes sociales. La polémica creció a tal punto que la propia editorial tuvo que salir a desmentir que fuera un bot, y le pidió a Cabaliere que grabara un video para demostrar que era un poeta de carne y hueso.

El crítico Martín Rodríguez Gaona, autor de *La lira de las masas*, ha acuñado el concepto de “poesía pop tardoadolescente”,⁵ y relaciona estas nuevas figuras con los modelos de *celebrity* o *influencer*:

Los productores simbólicos virtuales ejercen una autorrepresentación, una performatividad alrededor de sí mismos, en la que la frivolidad, la imaginación y el esteticismo, sin dejar de responder a conflictos personales, se transforman en un espectáculo gracias a la intervención de otra mirada (la de los seguidores y los fans).⁶

Este fenómeno, paralelo en otros contextos como el anglosajón con figuras como Rupi Kaur, ha provocado un rápido rechazo de gran parte de la comunidad literaria más tradicional. En esa respuesta se cruzan variables de diversa índole: una concepción más elitista de la poesía, el fetichismo del soporte del libro impreso, una incompreensión de los modos de relación a través de redes sociales y probablemente la envidia frente a los éxitos de ventas. También se mezcla con la crítica al contenido excesivamente transparente y la escasa destreza técnica que demuestran estos escritores más preocupados, como dirá también Rodríguez Gaona, de proyectarse

⁵ Martín Rodríguez Gaona, *La lira de las masas. Internet y la crisis de la ciudad letrada. Una aproximación a la poesía de los nativos digitales* (Madrid: Páginas de Espuma, 2019), p. 17.

⁶ *Ibíd.*, p. 47.

como un producto: “La primacía de la autorrepresentación hasta constituir la imagen y la obra en una marca (el branding)”.⁷ En el marco de esta reflexión, habría que añadir un punto relevante: en la mayoría de estos célebres autores no existe un uso crítico de las tecnologías, pues no van más allá de la grabación de una lectura o una imagen con un texto escrito. Sólo en algunas ocasiones hay un nivel de producción mayor, que a veces redundante en un formato más cercano al videoclip, pero no hay una diferencia sustantiva respecto a la experiencia habitual de asistir a una lectura u hojear un libro. Lo que prima en este esfuerzo pareciera ser más la posibilidad de ampliar el espectro de propagación, adhiriéndose de manera acrítica a las plataformas disponibles, acorde con la voluntad explícita de proponer una comunicación muy fluida y afectiva con el receptor, antes que indagar en otras posibilidades textuales y extratextuales que implican una propuesta y un desafío distintos. Dicho de otro modo, a diferencia de Cristina, a mí todo esto me parece muy ñoño.

Los más enojados con todo esto deben de ser aquellos académicos, escritores, artistas y programadores que desde hace mucho tiempo han investigado y reflexionado concienzudamente sobre las posibilidades que ofrecen las tecnologías digitales para la producción poética, y literaria en general. Ya desde los cincuenta, con los poemas estocásticos de Theo Lutz, han surgido una infinidad de obras que utilizan procedimientos permutatorios, aleatorios o generativos, que permiten diversas formas de interacción, que las palabras cobren distintas formas, colores, sonidos y movimientos, o que el texto esté conectado a otros textos mediante hipervínculos. Esta evolución, además, ha estado ligada no sólo a los sucesivos avances tecnológicos, sino también a la vinculación estrecha

⁷ *Ibíd.*, p. 48.

con movimientos y tendencias de carácter experimental, como la poesía concreta, Fluxus, OuLiPo, la narrativa postmoderna y más adelante la escritura conceptual, entre otros. Ya desde los noventa, con la masificación de los computadores y el auge de internet, existe una consolidación de lo que hoy entendemos como literatura digital o literatura electrónica. A pesar de que su impacto a nivel masivo aún es limitado, dentro de este campo actualmente existen varias redes, proyectos de investigación colectivos, congresos, que además operan con mucho dinamismo a nivel internacional. La entidad más conocida es la Electronic Literature Organization (ELO), que por más de veinte años ha generado numerosas publicaciones, archivos y encuentros. En 1999 definían así su ámbito de acción: “Electronic literature refers to works with important literary aspects that take advantage of the capabilities and contexts provided by the stand-alone or networked computer”.⁸ Desde entonces, se ha ampliado el rango de obras que calzan en esta categoría, poemas o narrativas hipertextuales, poesía animada, ficciones interactivas, *apps* literarias, proyectos colaborativos, y obras generadas por computadores, entre otras. Una generosa muestra se puede encontrar en las cuatro versiones de su Electronic Literature Collection, publicadas en 2006, 2011, 2016 y 2022. Es evidente que esta ampliación de procedimientos, soportes, estructuras y formas de interacción es considerada de manera casi unánime (no sólo dentro de esta asociación, por cierto) como una virtud. Así se observa en otras definiciones similares, como la de Talan Memmott en 2006: “Digital poetry presents an expanded field of textuality that moves writing beyond the word to include visual and sound media, animations, and the integrations,

⁸ “Electronic Literature”, en *Electronic Literature Directory*, 2020. <https://directory.eliterature.org/e-lit-resource/5183> (consultada el 22 de febrero de 2021); en esta nota también se consideran otras definiciones posteriores.

disintegrations, and interactions among these signs and sign regimes”.⁹ E incluso en otras más recientes, como esta de Leonardo Flores (actual presidente de la ELO): “I define electronic literature as a writing-centered art that engages the expressive potential of electronic and digital media”.¹⁰ Esta valoración es muy notoria, también, cuando muchos creadores se refieren a sus propias obras y destacan aquellas posibilidades que han desarrollado gracias a la tecnología. Con mucha menor frecuencia se escuchan voces más ponderadas, como la de Friedrich W. Block en 2004, quien, junto con enfatizar que no tiene sentido considerar la poesía digital como una novedad radical, propone: “Aesthetically speaking, digital poetry will not gain so much by operating *within* its very specific media, as by operating *with* or *against* said media”.¹¹ En vez de términos positivos, como “potencial”, “expansión”, “provecho”, y otros comunes en la mayoría de las conceptualizaciones, quiero poner el acento en la fuerza que podría cargar una de las palabras que utiliza Block: “contra”.

Esta posición es la que hoy me parece más atractiva. Se trata de una tendencia en la que se privilegia alterar el funcionamiento esperado de un determinado *software* o *hardware*, y dejar espacio

9 Talan Memmott, “Beyond Taxonomy: Digital Poetics and the Problem of Reading”, en *New Media Poetics: Contexts, Technotexts, and Theories*, eds. Adelaide Morris y Thomas Swiss. (Cambridge: The MIT Press, 2006), pp. 293-306: 294.

10 Leonardo Flores, “Third Generation Electronic Literature”, *Electronic Peer Review*, 2019. <https://electronicbookreview.com/essay/third-generation-electronic-literature/> (consultada el 22 de febrero de 2021). Flores, además, propone una: nos encontramos en una nueva etapa de la literatura electrónica, en la que las plataformas y aplicaciones ya están masificadas, y menciona categorías como los bots de Twitter, la poesía de Instagram, los *gifs* y los memes. También considera el fenómeno de la validación de los poetas a través de las redes sociales, y no a través de instancias académicas o editoriales tradicionales.

11 Friedrich W. Block, “Eight Digits of Digital Poetics”, en *p0es1s. Ästhetik digitaler Poesie / The Aesthetics of Digital Poetry*, eds. Friedrich W. Block y otros (Berlín: Hatje Cantz, 2004), pp. 307-17: 309.

para la pérdida de control, el azar o el error. Respecto a las otras posturas, es evidente su distancia con el fatalismo de Vargas Llosa o la inocencia de los poetas de Instagram, pero también está lejos de la voluntad de aprovechar al máximo todos los recursos disponibles que caracteriza a muchos practicantes de la poesía digital o la narrativa hipertextual. Por ejemplo, para su serie *Oblique archive*, Francesca Capone escaneó digitalmente poemas que movía sobre la pantalla durante el proceso, y que dieron como resultado versos deformes y difícilmente legibles. Eugenio Tisselli, por su parte, creó “Philosophy of Language”, que consiste simplemente en una página con un texto relativo a ese título. Cada vez que alguien la visita, sin embargo, se reemplaza una de sus palabras por un sinónimo, por lo que se va alejando cada vez más del original. Asimismo, el proyecto “coded poetry” de Jörg Piringer recurre a los mismos algoritmos que utilizan las corporaciones multinacionales y las agencias de inteligencia, pero para crear textos absurdos y reiterativos, que son leídos por la voz sintetizada de un computador. Estos casos se relacionan directamente con el uso del *glitch*, el *circuit-bending*, las imágenes o sonidos en baja resolución, la utilización de máquinas antiguas, la estética *lo-fi*, en la música y artes visuales. En gran parte de estas obras hay un impulso político latente, en la medida en que se alejan de la constante celebración de las novedades tecnológicas y la noción de desarrollo económico y social que simbolizan.

Podríamos acercarnos más, incluso, a lo que cabría denominar una vía negativa, en la que se destaca no aquello que la tecnología puede hacer, sino lo que no puede hacer. Dicho de otro modo, en vez de considerar un programa o un computador como un abanico de posibilidades, se asume como una serie de restricciones y límites. Así, se resalta la inutilidad y la irrelevancia, justamente los valores opuestos que suele encarnar la tecnología.

Aunque no estoy seguro si aún podríamos calificarlos de “literatura”, pues en esta zona la categoría se vuelve cada vez más imprecisa, hay un conjunto muy significativo de ejemplos recopilados por Nick Montfort en “No Code: Null Programs”.¹² Este artículo toma como punto de partida el libro *No Medium*, de Craig Dworkin,¹³ quien estudia una gran cantidad de obras en blanco, invisibles y silenciosas. Montfort propone sumar a este conjunto una serie de programas computacionales vacíos o que no tienen código. Uno de ellos es la página colaborativa “Rosetta code”, en la que se proponen tareas de distinto tipo para llevar a cabo en distintos lenguajes computacionales, como “Empty program”: “Create the simplest possible program that is still considered ‘correct’”. Una posibilidad es escribir el comando “RUN” en lenguaje BASIC, que no activa ninguna operación, o simplemente no escribir nada. En esta misma línea se encuentra el artículo “Language Without Code: Intentionally Unusable, Uncomputable, or Conceptual Programming Languages”, de Daniel Temkin,¹⁴ quien menciona, entre otros, el lenguaje Whitespace, que sólo funciona con tres caracteres que corresponden a espacios en blanco: “space, tab, and return”. Los soportes también se prestan para estas intervenciones inútiles: el propio Craig Dworkin, junto con el percussionista Jarrod Fowler, publicaron en 2011 el disco *Rhythmic Fact*, un CD que, de manera absolutamente tautológica, lleva impreso en una de sus caras un listado con todos los componentes químicos de la tinta y el mismo disco, pero que no contiene ninguna música o archivo, pues está vacío. Se percibe con claridad que

12Nick Montfort, “No Code: Null Programs”, *Trope-13-03*, diciembre 2013. https://nickm.com/trope_tank/TROPE-13-03.pdf (consultada el 22 de febrero de 2021).

13Craig Dworkin, *No Medium* (Cambridge: The MIT Press, 2013).

14Daniel Tempkin, “Language Without Code: Intentionally Unusable, Uncomputable, or Conceptual Programming Languages”, *Journal of Science and Technology of the Arts*, vol. 9, n° 3, 2017: pp. 83-91.

aquí los recursos disponibles son malgastados y desvirtuados, y se subraya el sinsentido inherente a cualquier pretensión de comunicar un mensaje. Sólo quedan, frente a nosotros, una serie de reglas o materiales inútiles. Quizás parezca una comparación muy exagerada, pero de algún modo estas obras resuenan para mí como ecos del esfuerzo de Beckett, empeñado en empobrecer su lengua y mostrar únicamente sus restos.

Para finalizar, quisiera ponerme a la fila detrás de estos inspiradores artistas con un ejercicio propio. Hace un par de años, durante una clase dedicada a este tipo de menesteres, nos preguntamos con mis alumnos cuál sería la cantidad de páginas en blanco que soportaría un documento de un programa de texto. Escogí el programa Pages, de mi MacBook Pro comprado en 2016; la decisión se basó simplemente en que ese era el computador que tenía a la mano en ese momento, pero además porque me parecía más atractivo que el título del programa (y de la obra) fuera Pages y no, por ejemplo, Word. A medida que avanzaba, primero de a una página, y luego copiando y pegando conjuntos más grandes, el programa comenzaba a funcionar más lento, y el conteo se volvía más impreciso. Aunque mi objetivo era alcanzar 1 000 000 de páginas, tuve que detenerme lejos de la meta porque el programa ya no podía abrir el documento. Luego de algunos meses sin decidir qué hacer, pensé que sería interesante compartir este fracaso, para mostrar una obra que había quedado herméticamente cerrada para su propio creador. Recientemente tomé el archivo y, junto a una breve explicación en otro archivo PDF, lo puse en una carpeta y lo comprimí (así descubrí, de paso, la eficiencia de este proceso porque el peso total descendió de 17,7 MB a 1,1 MB). Luego subí la carpeta a Dropbox, bajo el humilde título Pages, para que cualquier interesado pudiera bajarla y tratar de abrirla. La mayoría de los amigos a los que avisé y lo intentaron tampoco lo

lograron, pero uno de ellos que tenía un computador más nuevo que el mío sí pudo, aunque ese resultado le pareció paradójicamente frustrante. Para ampliar su difusión, quise colocarlo también en el sitio web de Naranja Librería, una librería especializada en libros de artista. Les pedí que lo ofrecieran de manera gratuita, pero me dijeron que, debido al funcionamiento de la página, no podían poner como precio \$0. Finalmente, acordamos el valor de \$1 (aproximadamente €0,0013). No sé si alguien lo haya comprado todavía, pero me parece divertido que un mismo “libro” (o lo que sea) pueda tener valores tan distintos dependiendo de dónde se adquiera. Y al menos creo que este ejercicio, como los que le han precedido, puede adquirir un particular sentido en estos tiempos. Cuando sólo se promueve la competencia y la eficiencia máxima, resulta provocativo trabajar de más, utilizar mal las herramientas o repetir el gesto idiota de no producir más que nada.

FELIPE CUSSEN (Santiago de Chile, 1974). Es doctor en Humanidades por la Universitat Pompeu Fabra y profesor titular del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Sus investigaciones académicas y creativas abarcan las relaciones entre literatura, música y artes visuales, la poesía experimental, las tecnologías digitales, la mística y el pop. Recientemente publicó *La oficina de la nada. Poéticas negativas contemporáneas* (Siruela, 2022). Gran parte de sus trabajos está disponible en su web www.felipecussen.net

Black Out

Daniel Arella

A mi madre Auxiliadora.

Del peligro crece lo que salva.
FRIEDRICH HÖLDERLIN

8:22 p.m.

Deberíamos haber seguido mintiendo
hasta que el rostro sea bandera
hasta que la sonrisa sea cuchillo.

La sangre cualquier día rompe la montaña por su vientre.

Bolívar me suplica con mi mano que dé mi brazo
para trancar la puerta de los cadáveres
que ellos dejaron abierta.

10:15 p.m.

El hambre detona y la primera estrella afila la sílaba
hasta el delgado labio sin cuerpo:

*Somos simples, nadie nos halló.
Somos este lugar que es un ser.*

La luz es madre con las venas en los cielos.

11:21 p.m.

Sé del mar en los nudillos cuando te escribo con una vela regalada
luego de 8 días sin luz eléctrica.

En la penumbra mi puño veloz adquiere la belleza de los tropeles:

*Dentro de las llagas de la imaginación emergió una máquina
fascinada*

por la voluntad indolente:

Escribí sin saber que moriría frente a ti

Escribí el primer día que lloraste y no te conocía

No sabía que tú eras la puerta que la piel atesora

Te invité a entrar a mi cabeza:

es un poema vacío por la soledad de tus ojos

La Reina inmaculada de la página de tus manos es eterna

como la cicatriz

luminosa.

12:30 p.m.

Estoy aquí desaparecido
encontrando el pulso para hacer gemir mi siglo
pero aún espero, oscuro y hundido en el sol,

por ti que me amas como el primer hombre noble de verdad.

He sido paciente con el mediocre con el sapo con el sicario
con el pedófilo con el paria con el mal amigo
con el académico sin alma con el avaro con el corrupto
con el corazón endurecido con el poeta vendido
con el padre lejano, con el implacable también, *mira mi cuello:*

¿ves cómo sube la luz como si mi cabeza fuese la esperanza?

Hasta podríamos dueños de la noche, anónimos y latiendo.

Un siglo sin escribir para que el siglo en mi mano desangre la
ausencia blindada.

Puros huesos el azar medita la sustancia que amamanta el fulgor.
Un feto violará al Presidente en la oscurana.

2:22 a.m.

Los poros brotados del bosque se erizan
para mostrarme el camino del Viento.

Mi vela y mi mano, mi camino y mi fe, mi país
y mi vida, las ganas de parir la muerte en el estómago del verdugo
masacrar, verdear, ceder, abrir el oro caído y que
entre, Reina, la bondad a limpiar el baño del suicida.

Pero no ha muerto,
es cada vez más fuerte,

Lee libros con más intensidad,
escribe más páginas al día,
ya no lo tumban los despechos
ni el hambre,
ni las traiciones de los amigos
ni el padre ausente
ni la miseria
ni nada
cerca del corazón del fuego
ve alzarse la sangre como una boda en medio del Ciclón
y permanece inmóvil, sereno,
casi al ras del rayo que atraviesa a las masas
con su tormenta.

Purificado hasta el negro del púrpura, Soy la Aurora
Sus lágrimas sanan, sus palabras reconfortan
Su piel guía, su sonrisa vence
Su don, immaculado entre asesinos, prefiere
la paz indestructible del poema virgen, ángel:
Sé que esta pureza me hizo implacable y noble
Sé que esta soledad hasta las lágrimas
me hizo río por dentro
vertical
como el trueno

Solo, hondo devenir, ritmo violeta,
danza desaparición, latido en la corona del mundo,
he despertado.

6:35 a.m.

Mis ojos no están

del espacio al amor
el incendiarse se ha vuelto
diamante por ti.

DANIEL ARELLA (Caracas, Venezuela, 1988). Licenciado en Literatura Hispanoamericana y magíster en Filosofía por la Universidad de Los Andes. Mercedor en dos ocasiones (2009 y 2016) del primer lugar del Premio DAES de literatura en la mención cuento (ULA). En 2015 recibió el XIX Premio Latinoamericano de Poesía “Ciro Mendía”. Es Premio de Ensayo del Goethe Institut, 2020, por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Sus libros más recientes son *El andrógino ebrio en el Haitón* (Nuevos Clásicos, 2017), *Anatomía del grito* (LP5, 2020) y *El arcángel* (El Taller Blanco Ediciones, 2022). Sus poemas han sido traducidos al inglés y al italiano.

Dos poemas

Gastón Leandro Ezequiel Vázquez

Yo lírico

El yo que piensa
No es el yo que escribe
El yo que escribe
No es el yo que siente
El yo que siente
No es el yo que observa
El yo que observa
No es el yo lírico.

El yo lírico

Es el Otro, el pobre, el desamparado, el exiliado, el secuestrado, torturado y desaparecido. Es el mendigo, el alcohólico, el adicto que duerme en los rincones buscando calor. Es el hijo no querido, el que arrastra una cruz con la cual se lastima. Es el convicto condenado injustamente y el convicto que delinque por profesión. Es el que vuelve a casa después de 10 años y se funde en un abrazo con sus padres. Es el que busca un propósito en las mismas calles en las que anduvo perdido. Es los libros usados con sus hojas añejas. Es la respiración entre el verso y la prosa. Es un poema infinito que se escribe cada día. Es lo que piensa
Lo que escribe
Lo que siente
Lo que observa.

El yo lírico es lo que ha vivido
Lo que vive
Y lo que quiere vivir.

Taxidermia

Como hábil taxidermista
Tomo el cadáver del poema
Y le aplico algunos sustantivos en la piel.
Adjetivos en las córneas, las uñas
Y el esófago.

Algún verbo para que simule movimiento.

Los adverbios completarán la tarea
De reanimación aparente.

Como hábil taxidermista
Uso al lenguaje
Para que el cadáver del poema
Parezca que está vivo
Parezca que dice algo.

GASTÓN LEANDRO EZEQUIEL VÁZQUEZ (Buenos Aires, Argentina, 1980). Entre sus libros publicados se encuentran *Parresía, tomo 1: El camino de la ética; Katábasis; La galería de los ases*, y *Poecía*. Hornea el proyecto “Pan poecía” en Instagram: difusión de poesía seleccionando versos que se hacen en masa de pan casero, pizza o pan dulce.

Parque

José Luis Aguirre

Te vas curando
vas aceptando al parque mientras caminas
para mejorar presión arterial caminas
para mejorar frecuencia cardiaca caminas
para bajar los triglicéridos el índice aterogénico de 6.1
para aumentar el colesterol hdl para poner a raya el colesterol ldl

De pronto esa visión: la vida detenida desde el cielo
El satélite sobre el rectángulo del parque en Google Maps
Tú caminando por una orilla
Avisado de que es tu última oportunidad
Avisado de que no hay margen para intentarlo en otra parte
Con el ultimátum que proyecta tu cuerpo
hacia la realidad que te rodea
A medida que pasa
te reconcilias de a poco con el parque
Vas aceptando que este es tu lugar
Aquí, ahora
Vas aceptando que tu cuerpo está aquí
Ahora
Trota sobre el perímetro
a veces emprende la carrera
Pasa por la cancha de futbol rápido

Pasa por los columpios
Pasa por la iglesia de la esquina
Hace los 5 km los 6 los 8
Hace la tarde y la noche
Le duelen las rodillas
Le brilla el sudor
Te vas curando con el exterior
Vas aceptando el paisaje
Como si el paisaje fuera otro cuerpo
que se contrapone al tuyo
Intercede por él
Muestra compasión
Y te va curando mientras caminas

JOSÉ LUIS AGUIRRE (Monterrey, Nuevo León). Egresado de la licenciatura en Bibliotecología y Ciencias de la Información por la UANL. Textos suyos han aparecido en *Hermano Cerdo*, *Punto en Línea*, *Vida Universitaria*, *Armas y Letras*, *Poeta de Gaveta* y *Tierra Adentro*, así como en las antologías *Yo quería llamarme Emilio, como tú, y otros poemas* (Grafógrafxs, 2021) y *Blavatsky; antología del taller de poesía de Grafógrafxs* (Grafógrafxs, 2022). En 2020 ganó el premio de poesía Rosario Castellanos de los Juegos Literarios Universitarios organizados por la Universidad Autónoma de Yucatán. Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

Tres poemas

*

Anna dos Santos

siento una angustia surgiendo, despacio, en mi pecho.
sutil, elíptica, se viene instalando.
deseo tanto que el sol atravesase esta ventana mía.
puedo imaginar lo tibio en mi rostro si el sol por un instante
resolviera alcanzarlo.

un rostro tibio es un descanso
si al menos recibiera visitas...
sería buena anfitriona.
si al menos este sol tocara en mi puerta...
pero no,
creo que no cesaría tal angustia.
en junio hasta las ciudades más calientes parecen sentir frío.
percibo trémulo mi cuerpo suelto en la ciudad
y no conozco nunca lo que está cubierto.
las construcciones,
el concreto fresco en la calzada,
el interior de cada muro.

consigo ver cómo todo está lleno de secretos.
encogerme...
marchitar...
esperar al misterio revelárseme.

alguna cosa en mí quiere florecer
desperté con la sensación de
serena
haber subido
montañas
y una tristeza de quien definitivamente existe,
que es casi siempre triste y no sabe vivir
no comprendo tanta alegría abundante
todo es caótico y las noticias,
bombas atómicas mal-emitidas
el sol se va antes de las once,
la mañana ya no conoce la propia calma,
el viento vaga como nosotros
y las aves
aturdidas
vuelan en el cielo
los ruidos se funden en una sola y constante máquina,
las personas están sonriendo
y yo no puedo entender
hay cientos de dolores en mis movimientos
y siento sangre escurriendo de un modo que es interno y no sucede
los sentidos no alcanzan,
la inteligencia no aprende...
sé que algo va profundamente mal,
pero no se consigue avistar qué.

*

me he mirado con algo de piedad,
y ¡qué tragedia es
ser capaz de sentir piedad de mí misma!
me he estado sintiendo con náuseas diariamente,
considerablemente triste,
miserablemente sola.
todo el día la misma vida empequeñecida,
el café fuerte,
las horas desperdiciadas,
la improductividad irrefutable.
en esta ciudad tan pacata,
la soledad llega antes que cualquier alegría,
hay siempre el mismo letargo por horas,
y la peligrosidad aun así tiene su turno.
me enmudecí repentinamente,
y parece que toda mi vida ahora es la preparación:
para cuando mi andar sea torpe,
para cuando mi piel sea enteramente bisagra.
para cuando ya no pueda hablar con voz joven.
lamentable ver mi cuerpo pálido reflejado en el espejo,
sin sed ni ansias,
apenas marasmo.
espero, cuerpo mío,
que no se acabe así.
inerte.
ha de agigantarse por algún rincón,

alguna hora,
después que esta letargia toda pase...

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

ANNA DOS SANTOS (Río de Janeiro, Brasil). Estudia Filosofía en la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro. Es autora de *Um rosto morno é uma folga* (Macabéa Edições, 2020).

Orfandad

Andrea Villarreal

*Contra lo que se dice por ahí,
a los difuntos tampoco les duelen los tesoros olvidados,
soledades o penas pasadas;
bastante tuvieron con el susto de la agonía
como para aferrarse al fardo terrenal del compromiso.*

EDUARDO OSORIO

Nadie sabe nada de él desde hace años. Pregunté a nuestros conocidos. ¿A todos? Sí. ¿Y ninguno tiene un rastro? No. Pareciera que murió hace tiempo. Si hubiera muerto, ya lo sabríamos, habría un homenaje, elegías y todo ese parloteo que les gusta a los intelectuales cuando muere un artista local. A él le gustaba eso, desaparecer, cortar relaciones y después encontrar nuevas víctimas. Pero han pasado muchos años desde la última vez que supimos algo. Lo sé. Anoche soñé con él y contigo, soñé que lo encontrábamos. Yo también lo soñé. ¿Significará algo?

¿Algún día dejaremos de buscarlo? No. ¿Y qué nos hace diferentes a los otros? ¿Somos diferentes? Me consuelo pensando que sí. ¿Y si no? Supongo que fue su forma de graduarnos, de decir que estábamos listos. Pero no lo estamos, nunca lo estuvimos. Lo último que supimos de él es que se enfermó. Sí, y se recuperó. Y también dejó de fumar. Quizás debimos acercarnos más en ese momento, fuimos demasiado egoístas y aún me culpo, tal vez por eso se alejó. Tenía miedo de lo que pudiera pasarle.

A veces pienso que lo encontraré en esa cafetería sobre Matamoros, la única cerca de los Portales que tenía un área de fumadores decente y nos recibió cuando dejamos el Centro Toluqueño de Escritores. ¿Recuerdas a ese grupo de ancianos que tomaban café los sábados por la mañana mientras hablaban de las últimas noticias de la ciudad? Recuerdo a uno en particular, ese que siempre llevaba su tanque de oxígeno; su forma de fumar era muy elegante. Ellos lo conocían. Es inútil, un día me atreví a entrar de nuevo y les pregunté; también ignoran su paradero. No sólo pregunté a nuestros conocidos, también a los suyos, aunque no me identificaban.

Se volvió loco. Ya estaba loco. Era un genio. ¿Por qué renunció a la literatura? No lo hizo, renunció a nosotros, a su vida anterior. ¡Eso es! ¿Y si se mudó? Quizás, pero él amaba demasiado esta ciudad, su Toluca gris, la de sus diablos. Supe que también dejó de trabajar para la universidad y ahí tampoco tenían referencias de su paradero. Eso era algo que iba a pasar, aunque no desapareciera, no era su estilo acoplarse a las reglas y cuando terminaba un libro se perdía durante semanas. Luego reaparecía con más ojeras y canas; tenía más vida después de esa muerte silenciosa que significaba para él terminar un libro. Era como si el viejo se metiera en una cueva a exorcizar diablos y saliera como un hombre nuevo. Pues sí, a veces hacía eso, se iba a encerrar a un hotel con algunas botellas y no sé qué más y no salía ni dormía hasta que las palabras se le agotaban. No recuerdo si le gustaba el *whisky* o el tequila. Una vez en su cumpleaños le regalé un poco de café en grano, era el tiempo en el que trabajábamos mi novela, esa que terminó en la papelería de reciclaje. Él nos tenía más fe que nosotros mismos. Al final optó por encontrar lo mejor de cualquier texto que le lleváramos, tomó un método didáctico diferente. La primera vez que le llevé un cuento lloré. ¿No te lo había

dicho? No. Pues sí, tenía catorce o quince años cuando lo conocí y me trató como su igual. En esa época todos fumaban en el Centro Toluqueño de Escritores y mi madre me esperaba afuera. Ella iba a darse una vuelta por los Portales mientras yo jugaba a ser escritora. Había pasado el texto a la computadora y sacado copias en el local de al lado. Era muy ingenua, antes creía que con la pasión se logran grandes obras. Con el tiempo aprendí que se necesita más y él me hizo creer que tenía talento. Era la única mujer y la más joven de todos. Él exigió que me trataran como uno más y así lo hicieron. Ni piedad ni indulto; fueron voraces. Me aguanté las lágrimas hasta salir de ahí y a él no le importó. Al irse me dio un par de palmadas en la espalda y me dijo que esperaba verme la próxima semana. Otro más vino después de él; no lo conociste, dejó el taller antes de que tú llegaras. Cuando vio las lágrimas en mis ojos sonrió con condescendencia para después contarme que meses antes estuvo en el psiquiátrico porque intentó suicidarse. Habló con total tranquilidad, como si se tratara de cualquier cosa. Dijo que la primera semana que volvió al taller también destruyeron su texto. No supe cómo eso podía ser un consuelo. ¿Se iba a suicidar por el taller? No, dijo que era por otras cosas. ¿Y por qué volviste? Ya te lo dije, me trató como su igual. Con el tiempo aprendí sus métodos, era duro, sí, y funcionaba. Con él sólo permanecían aquellos que estaban dispuestos a entregarse a la literatura y ser francos consigo mismos, quizás por eso nos dejó.

Cuando tú llegaste, él ya era más blando y vio en ti algo que en mí no: a ti te llamaba maestro, a mí no. Es cierto, pero pasaba más tiempo contigo, incluso trabajaron tus textos solos, te respetaba. Supongo que creía que yo lo necesitaba más que tú. Por otra parte, tú nunca te decidiste a terminar un proyecto. Ni siquiera ahora. ¿Estás celosa? ¿De ti? Por supuesto, ¿cómo no iba a estarlo? Pero bueno, al final somos diferentes y ambos podemos

ser buenos a nuestra manera. Si es que algún día seremos buenos. ¿Por qué no podemos creer en nosotros? Es el mal toluqueño, el dios que agacha la cabeza... o mira cosas que otros no. Él no rechazaba a la ciudad, a diferencia de otros. Sí, pero también aspiraba a la universalidad. ¿Cómo podrías hacer que un árabe entendiera a Toluca? Esa es la cosa, él decía que lo universal no estaba peleado con lo particular. Mi problema es que no puedo hablar de Toluca y no es porque no quiera, es porque no sé; por más que lo intento fracaso. Es demasiado mía para entregarla al resto del mundo.

No me dijiste qué fue lo que te hizo llorar. ¿De qué trataba tu cuento? No importa de qué trataba. ¿Qué te dijo? Lo mismo que a ti esa primera vez que te atreviste a llevar un cuento.

Es inútil vivir sin él, ya es parte de nosotros, ¿no lo crees? Sí, aún no ha muerto, espero. ¿Y no te duele? Naturalmente, pero, ¿dónde lo vamos a encontrar? ¿No dijiste que lo habías soñado?

ANDREA VILLARREAL (Toluca, Estado de México). Estudió la licenciatura en Letras Latinoamericanas en la UAEMéx. Obtuvo mención honorífica en el X Concurso de Narrativa “Elena Poniatowska” (2018) de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

No le digas a nadie*

María Fernanda Rodríguez

Nada de lo que sucedió esa noche fue planeado. Fue en agosto. Coincidió que celebrábamos veinte años de matrimonio. Desde que lo conocí supe que Claudio no era el tipo de hombre al que le gustaría tener hijos, así que optó por la vasectomía. Yo tampoco he sido una mujer de emociones fuertes y la maternidad no me alucinaba.

Hemos gozado de una vida bastante cómoda y no gracias a mí. Mis ínfulas de escritora nunca fueron más lejos que un par de publicaciones sin frutos. Él es oficial de la policía.

Esa noche de domingo nos dio por salir a tomar un café y así romper con la rutina. Ignoraba, por completo, los desafíos que la noche me traería.

En una colina, muy cerca a la cafetería, estacioné el auto. Una SUV grande color negro de vidrios polarizados impenetrables que yo solía manejar con arrogancia los días que mi esposo no estaba en servicio. Advertimos, a corta distancia, una monumental carpa multicolor. El anuncio nos reveló de lo que se trataba: Festival Paladino. Un festival que cada año trae música y, sobre todo, venta de curiosidades. Compramos dos tazas de café y nos internamos en

* Este cuento forma parte de la antología *Nostalgia bajo cero* (Editorial Lugar Común, 2020).

aquel ambiente festivo. Enormes monigotes bailaban al estruendoso ritmo de la salsa. Una vez dentro, la venta de chucherías rodeaba el lugar y esa fue nuestra principal atracción. El gentío hacía difícil caminar de a dos. Apenas iniciábamos nuestro recorrido y de inmediato quedé sorprendida con la exposición y ofertas del negocio de bisutería. Entonces escuché a mi oído:

—Amor, tómate tu tiempo, yo me adelanto. —Asentí y él avanzó varias tiendas internándose en la gran carpa.

Tardé, a lo mucho, diez minutos entre probarme unos cuantos collares, escogerlos y pagar. Ahora que traigo a la memoria esos detalles me doy cuenta de que el tiempo carece de valor. Mi café seguía caliente cuando me di cuenta de que mi esposo y yo nos habíamos separado en un instante. Lo perdí de vista. Caminé sola por los puestos de venta, que estaban organizados uno al lado de otro. Supuse que en cualquier momento lo volvería a encontrar.

La siguiente tienda vendía muñecas de porcelana. Había una gran variedad en exhibición. Muchas de ellas con sonrisas pintadas y otras con rostros sombríos. El vendedor me clavó sus ojos verdes, expectantes. Le sonreí, negando con la cabeza a su interés por venderme muñecas, pero fue inútil. Puso en mis manos una de las más bonitas, de vestido rojo y pestañas largas brillantes.

—Cincuenta dólares —dijo, con un acento que apenas pude entender—. Compra para tu hija, tienen el mismo vestido —opinó mientras empujaba la barbilla señalando a una niña que, de repente, apareció a mi costado.

No me había fijado en que aquella pequeñita estaba junto a mí, muy cerca. Me llegaba un poco más arriba de la rodilla. El colorido y la cantidad de muñecas también llamaron su atención. La niña tenía la piel blanca y los cachetes rosados. Los ojos oscuros y las pestañas largas. El cabello demasiado largo para una niña tan pequeñita, pensé. De verdad ella también llevaba un hermoso

vestido rojo. Lo cierto es que cuando el vendedor indicó a la pequeña como mi hija volteé y al encontrarme con la dulzura de su sonrisa algo despertó en mí, algo que dormía o bien algo que no existía y que apenas germinó, un amor maternal. El acunar, el sentirme dueña y madre de una criatura así, tan sonriente, tan chispeante. Un escalofrío me corrió la piel e intenté sacudir esas ideas siniestras que a veces se apoderan de mí, pero insistente ella me sonreía y me miraba sin miedo. Muy despacio me hiqué para alcanzar su altura. Le pregunté si le gustaba la muñeca que tenía en mis manos y asintió con la cabeza. Aproveché para acariciarle el cabello y sentir sus mejillas suaves con la yema de mis dedos. Sospeché que quizá huiría al sentirse invadida por una extraña, también creí que alguien me la arrebataría en cualquier momento, pero no. Entre susurros, para que sólo ella me escuchara, le pregunté:

—¿Dónde está tu mami? —Y, con el índice, apuntó hacia ningún lugar. Volteé a ambos lados para confirmar si alguien acaso nos estuviera viendo. Nadie. Sólo el bullicio y el desorden. En aquel instante no supe si el destino me estaba jugando una broma pesada o quizá era la casualidad que se mostraba sublime con ese, apenas descubierto, deseo de ser madre. Lo que haya sido, si a lo mejor me hubiera dado tiempo a pensarlo dos veces, esta historia sería diferente, pero no lo hice. Me acerqué a su oído y en secreto le propuse:

—Ven conmigo y te doy la muñeca.

Dudó al principio sosteniendo el índice entre los labios y balanceándose de un lado al otro, pero no le di oportunidad a la desconfianza y mostré mi mejor sonrisa. Extendí hacia su rostro la muñeca, hermoso anzuelo que me ayudó a recordarle que podría ser suya si venía conmigo. Su sonrisa y la chispa de sus ojos me alentaron. Pagué los cincuenta dólares. La tomé de la mano y me la llevé. Caminamos lento por unos segundos. Volteé, a los dos lados, dos veces y nadie apareció. De nuevo me agaché y le

entregué la muñeca. Es tuya, le dije. La niña la abrazó y yo abracé a la niña. Me la llevé. Sentí mis mejillas encendidas. Una vez fuera de la vista del vendedor, ojos de gato, me abrí paso entre la multitud. Corrí colina abajo hacia el auto. Le prometí que jugaríamos y le dije que pronto vería a su mamá, había comenzado a preguntar. Para entonces mi corazón palpitaba tan fuerte que me zumbaba en los oídos. El pulso me provocó temblor en las manos. La adrenalina me subía desde la planta de los pies hasta la cabeza y de algún modo me daba fuerzas. En ese instante un millón de imágenes pasaron por mi mente. Tener un hijo me asustaba, pero en aquel momento esa criatura hermosa estaba en mi auto bajo mi responsabilidad total, una niña a quien cuidar y algo, un sentimiento que nunca antes creí sentir, brotó desde lo más hondo del corazón como un recluso que saborea la libertad. Jugamos con la muñeca y su risa me cautivó, jugamos también con los collares que había comprado. Saqué mi celular y me atreví a tomar algunas fotos de nuestros rostros felices, felicidad que duró sólo unos minutos. Inventé una galaxia diferente para mí y para ella. Encendí la radio para sentirnos a gusto. El auto se convirtió en la casa de su muñeca nueva, yo me convertí en su madre y ella, una desconocida de quien yo me había apoderado, en mi hija.

No sé cuánto tiempo estuvimos en el auto, pero no mucho. Y tampoco sé qué fue lo que la hizo sollozar. Quizá cuando el juego terminó, tal vez la oscuridad de la noche o quizá pensó en su mamá y la extrañó, no sé. El asunto es que la vi indefensa y, al verla llorar, más indefensa que ella, yo.

De repente vi llegar una patrulla de policía. Parquéo muy cerca de nosotros. Suspiré hondo sintiéndome a salvo tras los vidrios polarizados del auto. Fue ahí que caí en cuenta de lo que había hecho y un miedo terrible me entumeció las manos. Me sentí rodando, y sin frenos, en una gran bola de nieve. Le sonreí, con el

semblante nervioso, con la respiración entrecortada. La niña comenzó a preguntar otra vez por su mamá y en vano la consolé. Advertí que la policía cercó la carpa del festival y nadie podía salir. Supuse que comenzaron a buscarla.

La vida me tenía en sus manos viviendo sin el trazo respectivo del destino y en ese momento era yo la única encargada de escribirlo. La niña dejó la muñeca y asustada me abrazó pidiéndome ver a su madre. Entonces tomé mi celular y llamé a Claudio. El sonido del teléfono me devolvía, poco a poco, a la realidad, mientras un sudor frío corría por mi piel. Contestó el buzón de mensajes y colgué sin decir nada. Tampoco sabía qué decir. Tenía a la pequeña llorando abrazada de mí y yo empapada en sudor. El teléfono se me resbalaba de las manos. Sentí mis dientes rechinar de ansiedad. Sonó mi celular. Me devolvía la llamada. Contesté y su voz en calma me advirtió lo que yo ya sabía. Una niña de tres añitos estaba desaparecida y la policía apenas había iniciado las investigaciones. Sospechaban que la pequeña todavía estaba dentro de la carpa porque nadie vio salir a una niña sola. Mi esposo estaba en su día de descanso y no quería involucrarse en cuestiones de trabajo, pero no le di la oportunidad y en seco le dije:

—Yo tengo a la niña.

El tono de mi voz me delataba completa. Un silencio helado nos invadió y mis palabras se hundieron en algún punto de mi pecho provocándome un dolor punzante. Lancé una explicación falsa:

—Vine al auto a dejar mis collares y a buscarte, y vi a la niña caminando sola y llorando. Yo la tengo, por favor habla con los policías y explícales. Voy hacia allá.

Por el sonido de su respiración pensé que me creyó. Cerré el teléfono.

Eso fue lo único y lo mejor que en aquel momento se me pudo ocurrir. Cuando regresé a la carpa, con la niña en brazos, la

policía ya me esperaba. La devolví. Nadie dudaría en la versión de la esposa de un oficial de la policía. Yo me aferré a mencionar que la casualidad me había escogido como protagonista de esta circunstancia tan siniestra, mientras que la madre de la pequeña comentó que no era casualidad, sino un milagro y, abrazándome, me dijo que yo era un ángel.

Ya de regreso en el auto, con los nervios aún alterados, mi esposo se ofreció a manejar. La muñeca estaba allí, olvidada en el asiento. La tomé y la acerqué a mi rostro. Inhalaba el que pensaba era el último suspiro de la noche, pero me supo amargo. Me encontré con los ojos de gato del vendedor de muñecas. Lo vi a través de la ventana. Estaba parado, en la calle, observándome, con el ceño arrugado. Fumaba. Nos contemplamos el uno al otro por un rato. Sentí que la tierra se detenía. La incertidumbre me cortó la voz.

—¡Qué suerte que fuiste tú quien encontró a la niña!

La voz de Claudio me despertó de ese embrujo. Arrancamos y la distancia, que iba creciendo mientras nos alejábamos del lugar, me devolvía de nuevo el aliento. Tomé mi celular y borré una a una las fotos.

—¡Sí, qué suerte! —murmuré con lo que me quedaba de voz.

MARÍA FERNANDA RODRÍGUEZ (Quito, Ecuador, 1979). Es máster en Escritura Creativa por la Universidad de Salamanca, España. En 2019 obtuvo el primer lugar del XIV Concurso de cuento *Nuestra palabra Canadá*; y en 2022, el premio Marina Nemat de Escritura Creativa, otorgado por la Universidad de Toronto. Cuentos suyos aparecen en las revistas *Visor* y *Casapaís*, así como en las antologías *Nostalgia bajo cero* (Editorial Lugar Común, 2020), *2da Antología de la Feria Internacional de Nueva York* (2021) y *¿Dónde están los otros?* (Ediciones Alborismos, 2022).

Poemas*

Elena Anníbali

en el pavimento

en el pavimento queda
por la tarde
la sangre seca
de las perras en celo

algunos
las agarran del cuello y las hacen morir:
no soportan la libido gloriosa
que alborota los machos
los mechones de pelo en las puertas de alambre
el olor rijoso del orín
en los carteles de las tiendas

las perras son dóciles al entrar
en las bolsas de nylon
obedecen y se pliegan al tamaño
enarcan los huesos

* Estos poemas forman parte de los libros *tabaco mariposa* (Caballo Negro, 2009), *La casa de la niebla* (Ediciones del Dock, 2015), *Curva de remanso* (Caballo Negro, 2017) y *El viaje* (Salta el pez ediciones, 2021).

se acomodan a la muerte
al silencio

conozco esa mansedumbre de haberla ejercido

basta tocar la marca roja en el cuello
para evocar soga y dueño
pero yo mordí la mano
y ahora tengo esta libertad
grande
en que me asfixio

I

señor, vos le diste a mi hermano un ford falcon rojo
para llegar a la casa de la niebla

y después qué

le dijiste?
le explicaste que el camino estaba cortado?
¿que el motor estaba roto?
¿que todo estaba roto?
¿que no había vuelta?

¿qué hiciste, cómo
para convencerlo?

para que te diera la mano
se sentara en la sillita de mentira
dejara que la oscura hostia de tu nombre
le llegara a la boca

¿o le metiste una piedra?
o una moneda, un gancho,
un papelito

de dónde lo enmudeciste, lo hiciste
olvidar
olvidarnos

qué señas le habrás hecho para que en vez de volver a casa
apagara el motor del falcon
se escurriera de la sedosa perfección del cuero
de la música en la radio
del ronroneo cachondo del auto
y se bajara con vos
para ir adónde

¿a cazar pajaritos?
¿a ver el dorado pasto extinguirse tras el fuego del invierno?
¿a romper el cristal del agua para que beban las crías?

o era verano, quizá, por entonces
y le diste el agua peligrosa de tu cielo

entradora, el agüita, sí
clarita, el agua, bueno

pero detrás de eso vos sabés que un agua así da más sed
uno se entierra más en el pozo
y más
hasta echarse tierra en el lomo

y ni el ángel constante y poderoso de los molinos de viento
puede salvarte
no

¿sabías que mi hermano iba a decir sí?
cuando viste el polvito que levantaba el falcon rojo en el camino
no pensaste dejarlo ir?

aunque sea, señor, porque él era toda belleza,
a esa edad,
toda alegría
toda
razón de ser

VI

muchas veces fuimos pobres
no había dinero para ropa o música, pero
el taladro magnífico de dios
caía contra la mañana

las palomas se desbandaban
como si vieran
la comadreja o el halcón

un pedazo de mí entraba en la amargura
como en el pozo del molino
donde la serpiente infectaba
el agua de beber

yo tenía pocos años y ya era
rigurosamente anciana

sabía que el altísimo podía aplastarme la cabeza
enfermar nuestras ovejas
quitarnos el verano, la poca dicha

pero igual miraba siempre para arriba
y bajito decía
que sí, señor, venga a mí la destrucción
lo que deba venir
soy tu surco, señor,
soy tu surco

S/T

haber abandonado qué?
haber conseguido qué?
la belleza la costumbre el trapo

yo esperé largo pero no vino
nadie a verme en mi silencio yo esperé pero
no vino nadie a verme en toda muerte

estuve ausente yo o todos los que amé estuvieron ausentes
o estuve ciega yo y no vi nada más que el mendrugo en la
[mesa el hijo
en la cama, helado, el hombre de mi lado frío, el ladrillo de
[mi casa
cayéndose, quebrado, el perro que guardé rabioso

estuve ausente yo o el infierno estuvo
en el ojo que vio caer la tarde, porque el infierno no está
arriba o abajo, sino a nivel de las cosas elementales:
grano abierto en la lluvia o sapo, o entero
cadáver desmigajándose por el verano, como una hogaza yéndose
hacia lo invisible

estuve ausente yo o me llené de ceguera y no pude
ver cómo de a poquito se fue el padre y los amigos,
[el verano altísimo
y duro en que perdí todo lo que había para perder y me llené
[la boca
de esta arena caliente en que hube de construir todo lo ido, lo seco
lo difícil

vine y no estuve, o nadie
estuvo, o desaparecimos de a poco, borrándonos
como se borra el campo en la mansa precipitación
de la noche

Cuatro poemas del libro *Una forma de llegar al futuro*

Santiago Venturini

mamá papá
se están gastando mis dientes
uno es una montaña invertida
el otro una ostra
¿no podían darme
unos dientes mejores?
ya sé yo mismo los destruí
con el azúcar
con el bruxismo del éxtasis
con la carne dura de los animales
hecha para resistir la naturaleza
los hijos culpan siempre a los padres
pero qué tipo de hijo soy
que corté la línea de la descendencia
paré la avalancha familiar
hice que la sangre de las generaciones
se cortara en mi cuerpo
mi semen sobre el semen
de otros hombres
es hermoso pero mamá papá
no voy a salvarlos de la muerte
sus caras y mi cara no estarán

en ningún niño del futuro
mi propio hijo soy yo
mi propia madre soy yo
no sé si es la mejor manera
de entrar en la madurez
pero ahí voy

una pechuga de pollo se pudre
 en la basura,
 una mano martilla con fuerza,
 unas chicharras dicen que volvió
 el calor.
 Quedó atrás otro año
 y por un momento creí
 que todo iba a empezar de nuevo.
 Todavía insisto en corregirme.
 Salgo al patio de noche
 respiro por la boca en la oscuridad
 como si quisiera tragarme
 la Vía Láctea.
 Las estrellas son las mismas
 que hace millones de años,
 pero acá abajo todo cambió.
 Estoy parado sobre el cemento
 en el mismo lugar donde una vez
 pasó algo:
 se desplomó un animal,
 hicieron un fuego,
 una mujer o un hombre lloraron
 por una razón demasiado personal.
 Debería aprender más de la historia
 pero me duermo tarde con la luz prendida
 y el celular en la mano

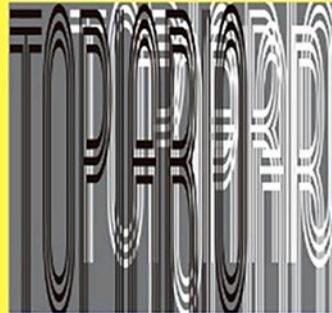
prendí el velador a la madrugada
 y me senté en la cama para arreglar
 todo en una sola noche.
 Un grillo ganó el baño,
 el hijo del vecino sueña
 y le pega a la pared,
 la cabeza del ventilador
 me negó más de tres veces.
 Puedo explicar el origen
 de cada cosa en esta pieza:
 el ropero del matrimonio
 fallido de los abuelos,
 la lámpara que traje a pie
 desde un negocio del centro,
 las mesas de luz de una viuda
 que no conocí.
 Sé todo eso
 pero soy incapaz de decir
 cómo llegué hasta acá.
 No es que no pueda reconocerme,
 el cuerpo se distorsiona
 de una manera tan perfecta:
 debajo de los estratos las capas
 tengo el pelo rubio y los bracitos
 de ese nene de 1986.
 Quisiera torcer lo que pasó,
 aunque sea una sola cosa
 para que todo cambie:
 haber escapado antes de esa casa,
 no haber matado a ese pájaro
 en el monte,

no haber llegado a esta ciudad.
 Hace tiempo que busco convertirme
 en un hombre nuevo
 pero apenas soy capaz
 de lavarme los dientes
 y apagar las luces
 antes de irme a dormir

hace bastante tiempo
 no hubieras pensado que el futuro
 sería una laguna casi seca
 estirándose como un animal enfermo,
 ni la sombra negra de unas nubes
 que la acarician
 ni un puente con personas
 moviendo sus piernas para pedalear.
 Es una ilusión pero todo
 parece seguir un orden,
 incluso los autos que se achican:
 van hacia algún lugar.
 Quisiste modificar cosas con las manos,
 no derribar un árbol
 ni tumbar una casa a puñetazos,
 cosas que no se pueden tocar
 pero están ahí.
 Los últimos años te parecen
 una estepa en la que se ve a lo lejos
 el fuego de unas chozas.
 Hasta las plantas crecen
 en algún momento de la noche
 cuando nadie las mira,
 pero ahí estás vos
 dudando sobre cuánto pan comprar
 o quieto ante unos paquetes de fideos.
 El viejo que llevás adentro dice
 que ya se ve el final en el horizonte,
 el nene que sos dice
 que a veces el sol brilla como si fuera
 la primera tarde de la tierra,

la señora que vive en vos dice
que trates de descansar,
que mañana será otro día

SANTIAGO VENTURINI (Esperanza, Argentina, 1981). Es profesor, licenciado y doctor en Letras. Publicó los libros de poesía *El exceso* (Torremozas, 2008, Premio Poesía Joven de la Fundación Gloria Fuertes), *El espectador* (Gog y Magog, 2012), *Vida de un gemelo* (Iván Rosado, 2014), *En la colonia agrícola* (Iván Rosado, 2016) y *Un año sentimental* (Caleta Olivia, 2019). Acaba de publicar *Una forma de llegar al futuro* (Gog y Magog, 2022). Dirige la colección de poesía Setúbal en la editorial Vera Cartonera.



DESCARGA LOS LIBROS DE LA COLECCIÓN EN MARTE APARECE TU CABEZA
EN GRAFOGRAFXS.UAEMEX.MX

CORREA • SARMIENTO • CUSSEN • ARELLA • EZEQUIEL • AGUIRRE
DOS SANTOS • VILLARREAL • RODRÍGUEZ • ANNÍBALI • VENTURINI • BASILIO

